

CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO DE VICTIMIZACIÓN EN NUEVAS  
GENERACIONES DE VÍCTIMAS DIRECTAS E INDIRECTAS DEL CONFLICTO  
ARMADO EN COLOMBIA

**Melissa María Mendoza Turizo**

Trabajo de grado para optar a título de Magister en Comunicación

Director de Tesis:

Manuel Jair Vega Casanova

UNIVERSIDAD DEL NORTE

DIVISIÓN DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Maestría en Comunicación

BARRANQUILLA

2017

## **DEDICATORIA**

A mi papá Dios, que me ha dado la dignidad más alta que cualquier persona puede tener: ser su hija. Al abuelo Joaco, por inspirar estas páginas. A mi papá, Manuel Mendoza, que aunque no esté hoy, me mira desde el cielo. A mi mamá, María Turizo, mi ejemplo más fiel de coherencia. A mi esposo Germán Tejeda, mi mejor y más paciente amigo. A mis hermanos, que cuando no estuve, me reemplazaron. A mis líderes por sus oraciones.

## RESUMEN

Este trabajo pretende responder cómo construye el sentido de víctima una persona que ha vivido directa o indirectamente el conflicto armado, a través de cuatro historias. Colombia vivió durante más de medio siglo un conflicto interno armado que involucra principalmente a las fuerzas del Estado, la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc; el Ejército de Liberación Nacional, Eln; y las Autodefensas Unidas de Colombia, Auc. Dicha guerra ha dejado millones de víctimas directas o indirectas, muchas de las cuales aún no han sido reparadas. Es en ese contexto en el que nace este trabajo, cuando cuatro estudiantes de la Maestría en Comunicación de la Universidad del Norte comienzan a contar sus historias y descubren un elemento en común: en algún momento, sus vidas, han sido tocadas por la violencia, pero hasta entonces, ninguno se había reconocido como víctima.

**Palabras clave:** Conflicto interno armado, reconocimiento como víctimas, víctimas indirectas, sentido de víctima.

## Tabla de contenidos

Capítulo 1 Introducción	5
Capítulo 2 Planteamiento del problema	7
2.1 Pregunta problema	8
2.2 Objetivo general	8
2.3 Objetivos específicos	9
2.4 Justificación	9
Capítulo 3 Estado del arte y referentes conceptuales	12
3.1 ¿Qué es una víctima?	12
3.2 Formas de victimización	17
3.3 Huellas emocionales de la guerra	19
3.4 Los civiles en tiempos de conflicto	24
3.5 Dificultades para reparar a las víctimas	28
Capítulo 4 Contexto de la violencia y la victimización en Colombia	32
4.1 Las Convivir	33
4.2 El desplazamiento	35
4.3 Amenazas y miedo	36
4.4 Desaparición forzada	37
Capítulo 5 Diseño metodológico	38
5.1 Recolección de la información	39
5.2 Cuatro narrativas, un conflicto	40
Capítulo 6 Análisis temático de la investigación	44
6.1 El día que mataron al abuelo	47
6.1.1 El abuelo	49
6.1.2 La niña: Licho	54
6.1.3 La adolescente: Meli	58
6.1.4 La adulta: Melissa	59
6.1.5 Mi papá se llamaba Manuel y le decían Joaquín	60
6.1.6 La tía Judi	61
6.1.7 La tía Neyla	64
6.2 Sigue esperando que vuelva	67
6.2.1 Tania	68
6.2.2 Comienza a amanecer	72
6.2.3 El peor día	75
6.2.4 El viaje a El Carmen	76
6.2.5 Elsa	77
6.3 El desarraigo de los Jiménez Blanco	79

6.3.1 Georgina	80
6.3.2 Aníbal	85
6.4 Todos somos víctimas	91
6.4.1 Javier	91
6.4.2 En la cúspide del horror	94
6.4.3 Elizabeth	98
6.4.4 Lina	100
Capítulo 7 Análisis y comentarios	103
7.1 Efecto inmediato	103
7.2 Cómo se reconocieron	104
7.3 ¿Qué cambió en ellos?	108
7.4 Conclusiones	110
Lista de referencias	112

# Capítulo 1

## Introducción

El conflicto interno armado que el Estado, grupos guerrilleros y de autodefensas han librado por más de cincuenta años en Colombia, ha dejado un saldo devastador: según el presidente de la República, Juan Manuel Santos Calderón, se tiene registro de más de ocho millones de víctimas de la guerra, y la inmensa mayoría de ellas corresponde a civiles.

Este es un trabajo cualitativo, basado en historias de vida, y descriptivo porque pretende describir –precisamente- cómo las víctimas directas o indirectas de la guerra reconocen su condición y la afrontan.

La información se recolectó a través de técnicas como observación participante, sesiones conversacionales y en entrevistas a profundidad a cuatro estudiantes de la Maestría de Comunicación de la Universidad del Norte, y a algunos de sus familiares, que habían estado ligados a hechos victimizantes como desplazamiento forzado, homicidios selectivos, desaparición forzada y amenazas, se logró contar sus historias de vida con el objetivo de mostrar cómo vivieron el proceso de reconocerse como víctimas directas o indirectas del conflicto.

Para entender sus relatos, que son evidentemente subjetivos y muy particulares, por lo que dan cuenta de la heterogeneidad de las víctimas de nuestro país, se indagó en los referentes conceptuales y estado del arte sobre cómo se concibe el concepto de víctima en el mundo, a través de referentes fundamentales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), cómo se le define en las leyes colombianas y, finalmente, cómo se aborda dicha definición en la literatura reciente. También, en la contextualización de las víctimas en Colombia, se profundizó acerca de los contextos

históricos que marcaron cada hecho victimizante, teniendo en cuenta que las historias de las víctimas aquí expuestas se desarrollaron entre 1997 y 2004 en San Juan

Nepomuceno (Bolívar) y Ovejas (Sucre), dos municipios que forman parte de los Montes de María; una en Barranquilla y la restante en la ciudad de Medellín.

En este trabajo, las víctimas identifican y dimensionan el daño que les ha causado la guerra a través de narraciones. Solo después de encontrarse con otras personas afectadas por el conflicto en El Carmen de Bolívar, en el marco de una actividad cultural llamada V Festival Audiovisual de los Montes de María; es que le dan sentido a los hechos violentos que ellos mismos habían padecido, comienzan a reconocer sus pérdidas y las formas cómo se transformaron sus vidas luego del hecho victimizante. Luego de estos relatos, las cuatro víctimas se proponen descubrir, valorar y construir formas para superar los efectos dañinos de la violencia y para obtener aún mayor capacidad de control sobre sus propias vidas.

Este estudio se presenta como una alerta ante la forma como vienen siendo manejadas las políticas de atención y reparación a las víctimas, pues resalta el vacío en la atención a las personas que siendo víctimas, no se reconocen de esa manera.

## Capítulo 2

### Planteamiento del problema

La ley colombiana reconoce como víctimas a todas las personas que hayan sufrido un daño como consecuencia de violaciones a los derechos humanos en el marco del conflicto armado. Sus familiares, compañeros permanentes, parejas, padres o hijos y en algunos casos abuelos, también son considerados víctimas del hecho violento.

La inscripción en el Registro Único de Víctimas depende estrictamente de las condiciones mencionadas. El estado está obligado a aplicar con estas personas, medidas de restitución, indemnización, rehabilitación, satisfacción y garantías de no repetición.

Dichas medidas deben ser implementadas de acuerdo a cada caso, teniendo en cuenta las características y el grado de vulneración de sus derechos.

Desde su promulgación, el 10 de junio de 2011, se han registrado 8 millones 532 mil 636 víctimas, 6 millones 663 mil 363 víctimas sujetos de atención. En Bolívar, hay 448 mil 33 víctimas registradas, 350 mil 994 víctimas sujeto de atención. En Sucre, hay 304 mil 772 víctimas registradas, 234 mil 931 víctimas sujetos de atención. En Atlántico, 193 mil 294 víctimas y 150 mil 20 víctimas sujetos de atención. En Cesar y Guajira 532 mil 701 víctimas registradas y 422 mil 964 sujetos atención.

Pero ¿qué pasa con las personas que, siendo afectadas por el hecho violento, no son reconocidas por el Estado ni por sí mismas como víctimas?

Por la presencia fragmentada del Estado en el territorio nacional es que gran cantidad de colombianos no se reconocen como víctimas del conflicto armado, aunque lo hayan sufrido de manera directa o indirecta.

Los colombianos hemos sido víctimas continuas desde hace 50 años, ya son tres generaciones tocadas por el conflicto, el factor psicológico cumple una función



trascendental, en tanto que la guerra separó familias completas, exterminó generaciones enteras, y aunque la mayoría se declara víctima, es menester reiterar que muchos no se catalogan así, pero continúan sufriendo los resultados de la misma, ya sea porque no son conscientes o simplemente por no darse cuenta que lo son.

Desde la perspectiva del trauma psicológico es indiscutible que los vívidos y terroríficos momentos de una experiencia traumática teñida de acciones brutales se convierten en recuerdos grabados en el circuito emocional (Díaz Colorado, 1998). Estos eventos registrados configuran una memoria emocional que impulsa los recuerdos de esa experiencia a continuar inmiscuyéndose en la consciencia de modo excesivo (Universidad del Norte, 2012).

## **2.1 Pregunta problema**

¿Cómo se reconocen cuatro personas como víctimas del conflicto armado a partir de su regreso a un escenario de conflicto?

## **2.2 Objetivo general**

Caracterizar los procesos a través de los cuales se da sentido al estatus de víctima directa e indirecta del conflicto armado.

## **2.3 Objetivos específicos**

- Explorar la condición de víctimas en diferentes entornos del conflicto armado.
- Revivir y situarse en las experiencias de la víctima para entender sus características.
- Identificar en las historias de vida los efectos psicológicos del conflicto armado.

## **2.4 Justificación**

El conflicto armado sostenido que hemos vivido en Colombia hace más de cinco décadas se ha expresado en asesinatos selectivos, masacres, desplazamientos forzados, desapariciones y torturas, llevadas a cabo por actores del Estado, contra estatales y para estatales que buscan controlar territorial y políticamente el país. En ese marco, millones de personas se han considerado como víctimas, pero aún no se logra reconocer la experiencia de victimización en todas sus dimensiones.

La importancia de esta investigación radica en mostrar que no todas las víctimas responden de igual forma ante los hechos traumáticos que han sacudido sus vidas, y en que se propone reconocer los distintos sentidos que las personas otorgan a sus experiencias de victimización. En estas páginas se narran las historias de cuatro personas que se reconocieron como víctimas años después de sufrir el asesinato de un ser querido en San Juan Nepomuceno (Bolívar), amenazas de violación y desplazamiento del municipio de Ovejas (Sucre), la desaparición forzada de un ser querido que salió de Barranquilla y la recesión económica y desempleo por culpa del conflicto urbano que encontró su cúspide en 2002 en Medellín, y se exponen porque es necesario dar a conocer la multiplicidad de experiencias para entender que las víctimas no son invisibles y que sus discursos no son homogéneos, como lo han querido decir el Estado colombiano, algunas organizaciones no gubernamentales (ONG) e, incluso, medios de comunicación. Esta investigación es valiosa porque logra visibilizarlas, no desde una perspectiva de desvalimiento sino desde su potencia y posibilidad de acción. En un país en el que se estima hay unos 5 millones de desplazados, según la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES), y Acción Social reporta que tiene inscritas a 3,3 millones de personas, es una tarea prioritaria ocuparse del tema, pensarlo y problematizarlo.

Para reconocer la subjetividad de las víctimas, es necesario escucharlas, entender sus relatos y sus memorias, mirarlas como sujetos que se están construyendo permanentemente y que pasan de ser sujetos dolientes a sujetos políticos. Son sujetos dolientes por sus experiencias de victimización, porque además de encarar sus traumas y pérdidas tienen que afrontar el estigma y la exclusión; se convierten en sujetos políticos porque “aparecen” en lo público con su necesidad de interpelar a la sociedad, al Estado, a los responsables de su dolor y, muchas de ellas, lo hacen con la necesidad de que lo ocurrido no se repita en otros.

Con este trabajo, también se expone que es importante que la sociedad colombiana deje de concebir el dolor de la víctima como algo íntimo y privado, que debería ser tratado solo por ella y lo más herméticamente posible. Es vital que se exponga en la esfera pública, por eso es importante narrar y estar dispuestos a escuchar los testimonios de su sufrimiento y sus horrores, para avanzar contra el restablecimiento de la guerra e intentar evitar que las situaciones traumáticas se repitan.

El contexto social y político del país exige ahora más que nunca que se indague sobre las víctimas del conflicto. El 24 de noviembre de 2016, el gobierno de Juan Manuel Santos y el líder de las entonces Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), Rodrigo Londoño 'Timochenko', firmaron en el Teatro Colón de Bogotá el Acuerdo Final de Paz que se concertó después de años de diálogos con esa guerrilla en La Habana, Cuba. Aunque se hable de posconflicto, es obligatorio seguir escuchando a las víctimas para entender sus necesidades y así repararlas. Sin reparación es imposible que se construya la paz duradera y sólida que tanto ha anhelado la nación.

## **Capítulo 3**

### **Estado del arte y referentes conceptuales**

Las víctimas directas e indirectas del conflicto armado colombiano son el elemento esencial para abordar el objeto de estudio de esta investigación.

En el presente Estado del arte hacemos un recorrido por la literatura publicada en los últimos años alrededor de las víctimas directas e indirectas. Se abordaron conceptos fundamentales sobre la temática y un estudio relacionado con los acontecimientos y vivencias de personas reconocidas como víctimas del conflicto armado en Colombia, y cómo construye el sentido de víctima, una persona que ha vivido indirectamente dicho conflicto. La necesidad de reconocer, proteger y reparar a las víctimas, también es tratada como un punto importante e indispensable en esta investigación.

#### **3.1 ¿Qué es una víctima?**

No tiene sentido ignorar a las víctimas o restarles importancia al considerarlas como un efecto residual de la guerra. La acción judicial internacional y la Corte Iberoamericana enfatizan en reconocer el rol de las víctimas como sujeto activo, dándole mayor relevancia a la figura de la víctima, así como en la responsabilidad del estado por lesionar sus derechos. Expresan que una de las mejores formas de proteger a las víctimas surge del desarrollo del concepto de víctima, a través de la noción del daño o violación al derecho a la vida o integridad personal (Galdámez, 2007).

Una mirada inicial sobre cómo ha sido tratado el concepto de víctima, nos lleva a relacionar términos como violencia y dignidad vulnerada, según lo expresa Marín (2012). El análisis crítico sobre víctimas, realizado por el autor, condujo a la construcción de una aproximación al concepto dominante de víctima, que consigue solucionar las necesidades y desafíos contemporáneos relacionados con los derechos humanos, así como resistir, disminuir y/o normalizar la violencia presente en las

sociedades contemporáneas. No existe una definición estructurada y estándar para el concepto de víctima, sin embargo, su definición resulta importante debido a que permite determinar la obligatoriedad y efectividad de los mecanismos de reparación de daños, de las personas lesionadas (Rengifo, 2006). Algunos autores, como Bello (2014), sostienen que son víctimas quienes han visto lesionados su dignidad y sus derechos fundamentales, siendo esta una consideración importante para comprender la naturaleza y dimensión del daño, pues significa que se les ha impedido vivir como quieren, vivir bien y vivir sin humillaciones.

Una definición clave de víctima, en términos legales, es la de la Organización de Naciones Unidas. Y esta definición es importante para nuestro caso porque Colombia firmó la declaración de los Principios Fundamentales de Justicia para las Víctimas de Delitos y Abusos del Poder (Naciones Unidas, 1985), y también porque la ONU ha sido un referente internacional fundamental, tras la Segunda Guerra Mundial, para los temas de conflicto:

“[...] Se entenderá por víctima a toda persona que haya sufrido daños individual o colectivamente, incluidas lesiones físicas y mentales, sufrimiento emocional, pérdidas económicas o menoscabo sustancial de sus derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones que constituyan una violación manifiesta de las normas internacionales de derechos humanos o de una violación grave del derecho internacional humanitario. Cuando corresponda, y en conformidad con el derecho interno, el término “víctima” también comprenderá a la familia inmediata o a las personas a cargo de la víctima directa y a las personas que hayan sufrido daños al intervenir para prestar asistencia a víctimas en peligro o para impedir la victimización”.

Si se mira el caso peruano, el Registro Único de Víctimas que definió el Plan Integral de Reparaciones de la República del Perú concibe un concepto de víctima que ha

alimentado, en gran medida, las definiciones que Colombia ha hecho en función de la reparación, y para los procesos que a este respecto se han construido internamente:

“El Registro Único de Víctimas reconoce la condición de víctima o de beneficiario individual o colectivo a las personas o grupos de personas que sufrieron vulneración de sus derechos humanos durante el proceso de violencia entre abril de 1980 y noviembre de 2000. No se consideran víctimas, para los efectos específicos de su inclusión en el Registro Único de Víctimas de la Violencia, a los miembros de las organizaciones subversivas.

“De acuerdo al Reglamento de Inscripción al Registro Único de Víctimas de la Violencia, son víctimas directas: las personas fallecidas, las personas desaparecidas, los miembros de las fuerzas del orden, integrantes de los Comités de Autodefensa y autoridades civiles que hayan resultado heridas o lesionadas, quienes sufrieron tortura, quienes sufrieron lesiones graves, quienes sufrieron violación sexual, las personas que sufrieron otras formas de violencia sexual distintas de violación sexual, tales como esclavitud sexual, unión forzada, prostitución forzada y aborto forzado, los familiares de las personas muertas y desaparecidas en ese mismo período. Se entiende por familiares de las víctimas fallecidas o desaparecidas, al cónyuge o conviviente, los hijos y los padres.

“Son víctimas indirectas: los hijos producto de una violación sexual, las personas que siendo menores de edad integraron un comité de autodefensa, las personas indebidamente requisitorias por terrorismo o por traición a la patria, los que quedaron indocumentados”.

Luego de tener como referencia el caso peruano, hay que mencionar que apenas hasta el año 2005 la legislación colombiana le dio un giro importante al tema de las víctimas; a partir de la Ley 975 de 2005 y de la Sentencia de la Corte C-370, la noción de víctima

se amplía de una manera que corresponde más adecuadamente con la realidad de las víctimas del conflicto y con la legislación internacional:

“[...] Se entiende por víctima la persona que individual o colectivamente haya sufrido daños directos tales como lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica y/o sensorial (visual y/o auditiva), sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo de sus derechos fundamentales. Los daños deberán ser consecuencia de acciones que hayan transgredido la legislación penal, realizadas por grupos armados organizados al margen de la ley. También se tendrá por víctima al cónyuge, compañero o compañera permanente, y familiar en primer grado de consanguinidad, primero civil de la víctima directa, cuando a esta se le hubiere dado muerte o estuviere desaparecida. La condición de víctima se adquiere con independencia de que se identifique, aprehenda procese o condene al autor de la conducta punible y sin consideración a la relación familiar existente entre el autor y la víctima. Igualmente se considerarán como víctimas a los miembros de la Fuerza Pública que hayan sufrido lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica y/o sensorial (visual o auditiva), o menoscabo de sus derechos fundamentales, como consecuencia de las acciones de algún integrante o miembros de los grupos armados organizados al margen de la ley. Asimismo, se tendrán como víctimas al cónyuge, compañero o compañera permanente y familiares en primer grado de consanguinidad, de los miembros de la fuerza pública que hayan perdido la vida en desarrollo de actos del servicio, en relación con el mismo, o fuera de él, como consecuencia de los actos ejecutados por algún integrante o miembros de los grupos organizados al margen de la ley”.

Para efectos de este trabajo, la definición de víctima estará basada en la promulgada en el Artículo 5 de la Ley 975 de 2005 de Justicia y Paz. La razón de esta determinación

tiene que ver con que esta definición es la más amplia con la que se ha trabajado el problema de las víctimas en el país, además de ser el lineamiento con el que se aborda actualmente el tema a nivel nacional. Esta Ley contempla una repercusión social más amplia, que las víctimas no son únicamente los muertos, los mutilados, los secuestrados, los desplazados, en la medida en que asume, de manera pertinente, que las familias también son víctimas.

A pesar del reconocimiento legal y las medidas de restitución que el mismo Estado reconoce que debe garantizar, la víctimas deben atravesar largos procesos para que el Estado las reconozca como tal (Comesaña, 2013), y, en algunas ocasiones, el daño al proyecto de vida es radical e irreversible y, en consecuencia, es difícil lograr una reparación integral. Galdámez (2007), expone el caso particular de Wilson Gutiérrez Soles vs. Colombia, de 2005, en su artículo dedicado a analizar aspectos que intervienen en la protección de víctimas de violación. El caso muestra cómo las circunstancias vividas por la víctima conllevaron un cambio radical en su vida hasta el punto de afectar sus lazos familiares, impidiendo su desarrollo personal y vocacional e impulsándolo a emigrar al extranjero en condiciones poco favorables.

Podría creerse que el caso de Wilson representa un hecho aislado y particular, y que sus vivencias y afecciones luego del hecho violento no son comunes o similares a lo experimentado por otras personas víctimas de violencia. Sin embargo, un estudio comparativo sobre síntomas y traumatismos psíquicos en víctimas y victimarios del conflicto armado en Colombia, realizado por Aristizábal et al., 2012, demostró cómo estos efectos residuales vividos por Wilson son fácilmente encontrados en otras víctimas, una vez que, la incidencia de las experiencias y actos violentos ejercidos, es determinante para la salud mental de las personas involucradas, afectándola considerablemente. Fue concluyente cómo la exposición a encuentros violentos y con



“un horror no asimilable” dejó un impacto o secuelas traumáticas en las 36 personas analizadas -20 víctimas y 16 victimarios-, quienes padecieron estados de vulneración psicológica y síntomas de traumatismo, en los cuales el dolor fue el principal dominante.

### **3.2 Formas de victimización**

Es indiscutible cómo la violencia en la que está sumergida Colombia desde hace muchos años, sigue siendo escenario de frustración, complejidad y mucho dolor; no solo por la cantidad de homicidios o muertes en el marco de la guerra, sino por los efectos residuales (Tabares, 2011). Las dimensiones de la violencia en Colombia han demostrado que el conflicto armado de nuestro país es uno de los más sangrientos de la historia contemporánea de América Latina.

¿El resultado? Un gran número de personas reconocidas como víctimas del conflicto armado interno como consecuencia de los desplazamientos forzados, múltiples asesinatos, desapariciones, torturas, entre otros.

Al respecto, hay que tener en cuenta que en nuestro país se reconocen cinco formas de victimización reportadas por un mayor porcentaje de personas: el desplazamiento propio, el homicidio de un familiar, el desplazamiento forzado de un familiar, un homicidio de alguien en la comunidad y una desaparición forzada en la familia.

Si consideramos tanto los análisis como las bases de datos de las dos instituciones que han sido utilizadas por distintos ensayistas como marco de referencia, es decir, la Unidad de Víctimas y la Comisión de Memoria Histórica, podemos diferenciar trece modalidades principales de victimización en Colombia en el marco del conflicto armado interno: desplazamiento de población, despojo de tierras, secuestro, extorsión, reclutamiento ilícito de niños, niñas y adolescentes, tortura, homicidio en persona

protegida, asesinatos selectivos y masacre, amenazas, delitos contra la libertad y la integridad sexual, desaparición forzada, minas antipersonas, munición sin explotar y artefactos explosivos no convencionales, ataques y pérdidas de bienes civiles y atentados contra bienes públicos (Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia, Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, 2015).

Algunas de las personas reportan una forma de victimización, hay quienes reconocen como propias dos o tres formas de victimización, pero la mayoría se siente inmersa en cuatro o más formas de victimización. Esto sugiere que la victimización no es un fenómeno aislado sino recurrente en su entorno inmediato y reiterativo en el tiempo. Las víctimas son vulnerables de múltiples maneras, por asuntos de pobreza y de género, pero también por su estado de desarraigo y por un temor constante (Rettberg, 2008).

En abril del 2017, durante la celebración del “Día de las víctimas, la memoria y el perdón”, el Presidente de la República de Colombia, Juan Manuel Santos Calderón, hizo público que más de 8 millones de personas habían sido afectadas por el conflicto armado interno, de las cuales el 96,4% corresponde a las víctimas directas y el otro 3,6% representa las víctimas indirectas. Comunicó también que, entre las víctimas directas: 7 millones fueron protagonistas de desplazamientos, novecientos mil fueron homicidios, ciento sesenta mil desapariciones forzosas, diez mil torturas y cerca de cuarenta mil secuestros, entre otros.

Hasta el año 2012, se estimaba que la cifra de muertes causadas durante el conflicto armado se distribuía en un 81% correspondiente a civiles y el 19% a combatientes; es decir que aproximadamente ocho de cada diez muertos eran civiles. Estas cifras hacen evidente que la mayor parte de la población afectada por los actos violentos ocurridos durante el conflicto armado fueron personas naturales, no combatientes. Los datos muestran la dimensión abrumadora de los actos de horror experimentados en el

territorio colombiano: al ser comparados en el ámbito interno, “los muertos equivalen a la desaparición de la población de ciudades enteras como Popayán o Sincelejo” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013).

### **3.3 Huellas emocionales de la guerra**

Las víctimas directas de la violencia en Colombia, así como sus familiares, amistades, vecindades y comunidades han experimentado situaciones de horror extremo en condiciones de enorme indefensión y humillación. Sus victimarios fueron arbitrarios y no conocieron límites (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Las modalidades y las prácticas de violencia sufridas por miles de personas en Colombia provocan daños e impactos que afectan la integridad de las víctimas. Los impactos psicológicos deterioran las relaciones interpersonales y la salud física; las pérdidas económicas generan inestabilidad emocional; los impactos colectivos y el daño a las redes sociales y comunitarias afectan las capacidades y posibilidades individuales. Así, se configura un entramado de situaciones que se relacionan mutuamente, lo cual hace difícil separar y especificar aquello que es propio de cada tipo de daño.

En casi todos los lugares donde el GMH adelantó su trabajo, las víctimas refirieron el miedo como la emoción más constante y generalizada. La gente temía ser indagada, retenida, torturada o asesinada por los armados que solían interrogar y juzgar en medio de las carreteras. Las madres y los padres enfrentaban el temor cotidiano de que sus hijos e hijas fueran reclutados o agredidos sexualmente por parte de los grupos armados. Las víctimas, aun muchos años después de acaecidos los hechos, expresaron que a pesar del paso del tiempo el miedo sigue presente en sus vidas. El mundo se tornó inseguro, y las personas se vieron obligadas a desplegar mecanismos de protección como el

silencio, la desconfianza y el aislamiento. Esto modificó sustancialmente las relaciones comunitarias y familiares.

Las personas experimentaron emociones de angustia frente a la incertidumbre o la posibilidad de que nuevas agresiones ocurrieran, también por la falta de información sobre el paradero o el destino de familiares y vecinos. Las emociones de nostalgia provinieron especialmente del desarraigo y la pérdida de lugares amados y significativos; y los sentimientos de tristeza surgieron por la ausencia o la muerte de seres queridos. Estas experiencias alteran el sueño, la concentración y la atención en sus actividades. En muchas ocasiones, también provocan otros síntomas como desórdenes alimenticios y estimulan el consumo de bebidas alcohólicas y sustancias psicoactivas, así como la automedicación. Con ello se busca aliviar malestares y sufrimientos intolerables.

Los relatos de las víctimas también reflejan la presencia frecuente de sentimientos profundos de odio y de rabia desatados en algunos casos por la vivencia de la injusticia, en otros por el recuerdo reiterado de las humillaciones que recibieron. Estos sentimientos se ven acrecentados, muy especialmente, por la sensación de impotencia al evidenciar que en muchos casos, los victimarios no solo quedaron libres, sino que incluso, en ocasiones, recibieron beneficios económicos y reconocimientos, pese a que continuaron con sus actividades delictivas.

La culpa y la vergüenza son también sentimientos cuya presencia mortifica la vida de las víctimas. Este es el caso de las mujeres que fueron víctimas de violencia sexual; de los hombres que se sintieron “incapaces” de proteger a sus familias y, de las comunidades señaladas injustamente como responsables de la violencia ejercida. En los testimonios de las víctimas la culpa se vincula, por lo general, a la acciones.

Ahora bien, en los relatos de las víctimas la culpa no solo está asociada con acciones u omisiones frente a los hechos ocurridos. También se experimenta culpa en relación con la aceptación de la muerte y la ausencia de seres queridos. Muchas víctimas se reprochan a sí mismas continuar con sus vidas, y la recuperación de la cotidianidad se entiende como una deslealtad con la persona amada que está ausente, sea la pareja, el padre o la madre, sus hijos e hijas.

La exposición a situaciones caracterizadas por altos niveles de terror e indefensión constituyen casi siempre experiencias que rebasan la capacidad de hombres y mujeres para afrontar los hechos. Esto genera traumas y daños psicológicos, cuyas manifestaciones más frecuentes, referidas por las víctimas, son las graves alteraciones del sueño con insomnios pertinaces y pesadillas, síntomas depresivos y angustiosos, y somatizaciones.

Estos síntomas provocan dificultades por momentos casi insuperables para la realización de las actividades habituales y recobrar las relaciones cotidianas. En algunos casos, incluso, se observan alteraciones del juicio de la realidad y cuadros psicóticos. Las experiencias traumáticas permanecen vívidas a pesar del paso de los años, y las víctimas pueden revivir sus emociones de pánico y desamparo ante cualquier imagen, olor o sonido que evoque las situaciones experimentadas. Algunas de las huellas e impactos psicológicos causados por la violencia son: el encierro, el aislamiento, el silencio, las pesadillas recurrentes y repetitivas, el desinterés por cosas que antes disfrutaban, la pérdida del deseo sexual, el descuido físico personal, el deterioro de la autoestima, la manifestación de enfermedades diversas, el deterioro físico, sentimientos depresivos y la frecuente aparición involuntaria e incontrolable de los recuerdos de lo vivido que invaden la memoria, descritas como imágenes y pensamientos intrusivos.

La violencia no solo afecta el mundo emocional y psicológico de las víctimas, sino que además causa profundos daños morales. Estos son definidos como “[...] toda modificación dolorosa del espíritu, consistente en profundas preocupaciones, o en estados de aguda irritación que afectan el honor, la reputación y el equilibrio anímico de las personas que incide en la aptitud del pensar, de querer o de sentir” (Gherssi, 2002).

Los daños morales son el resultado del menoscabo de valores significativos para las personas y las comunidades, pues muchos de los actos violentos buscan, en efecto, degradar la dignidad de las personas y sus comunidades, devaluar ideales y creencias y violentar los valores más íntimos que sustentan la identidad colectiva.

El daño moral también se produce cuando las acciones criminales son exaltadas por los victimarios, quienes no solo validan y justifican sus crímenes frente a las víctimas, sino que además lo hacen en los escenarios judiciales como las diligencias de versiones libres,<sup>34</sup> en espacios públicos, locales y regionales y, más aún, en lugares de representación política como el Congreso de la República.

La profunda tristeza, la aflicción, el desánimo, la vergüenza, el escepticismo y la rabia se presentan con frecuencia en los relatos de las víctimas.

La guerra les disminuyó su capacidad de disfrutar, de sentir placer, de sentir felicidad. Las afectaciones a la honra y al buen nombre fueron tan grandes que ocasionaron padecimientos y sufrimientos intensos individuales y colectivos.

### **3.4 Los civiles en tiempos de conflicto**

A propósito de la población civil, Azam y Hoeffler (2002) argumentan que la violencia contra esta durante el conflicto constituye una estrategia militar más de los actores armados. El desplazamiento de la población civil facilita la identificación del enemigo y

afianza el control territorial. Los actores armados buscan distintas alternativas de subsistencia, dentro de las cuales se encuentra el terrorismo contra la población civil. Los conflictos de tierras y la apropiación de tierras y de activos son las razones para atacar a la población civil y así causar la migración forzada. Dicha estrategia militar facilita la expansión del control territorial y la extracción de recursos (Ibáñez y Vélez, 2005).

Estas apreciaciones concuerdan con las conclusiones de los autores del informe ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad (2013), que señalan que “los actores armados atacan a la población civil como parte de sus estrategias para obligarla a transferir o a mantener sus lealtades y a servir como proveedora de recursos. Atacar a la población es, para los actores armados, una forma de debilitar al adversario y, al mismo tiempo, de acumular fuerzas. La población civil es para los actores armados una fuente de respaldo político, económico, moral y logístico, que suma en el resultado final del conflicto. Para los victimarios, poco importa si ese respaldo es consentido o forzado”.

También es importante señalar que, de acuerdo con el Tercer Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Colombia, presentado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Organización de los Estados Americanos), del 26 de febrero de 1999, “los grupos armados disidentes generalmente matan civiles a quienes de alguna forma, real o supuesta, encuentran conectados con los militares o con los grupos paramilitares”.

El hecho de asumir que un civil está conectado a cualquiera de los actores de la guerra, o que es “colaborador” o “sapo”, afecta profundamente su dignidad y la de su familia, y le reviste de una vulnerabilidad que termina afectando todos los ámbitos de su vida.

Especialmente en el caso de familiares y víctimas de detenciones arbitrarias y asesinatos

extrajudiciales han recaído acusaciones, señalamientos y falsas imputaciones que afectan su buen nombre, su reputación y honorabilidad. Los líderes cívicos fueron calificados de “militantes guerrilleros”; los campesinos apreciados por sus comunidades fueron acusados de “terroristas” (...). Este tipo de situaciones generan un grave daño moral para las víctimas en varios sentidos: producen un gran sufrimiento e indignación; destituyen a las personas del lugar social que habían construido dentro de la comunidad, acarrea estigmatizaciones; además, producen implicaciones negativas en los ámbitos laborales y sociales” (CNMH, 2013). Aquí es cuando, en un ambiente de conflicto armado como el de Montes de María, la gente se vuelve invisible pues su humanidad se reduce a su posición frente a la guerra. La gente pierde su nombre y su individualidad para convertirse en “un amigo de la guerrilla”, “un partidario de los paramilitares”, “un amigo del ejército”, “una víctima de la violencia” o “un desplazado” (Ramírez 2001). En este punto del debate, es oportuno traer a colación un área de investigación conocida como antropología de la violencia. Ella ha demostrado que el impacto del conflicto armado en la sociedad civil es complejo y multifacético. Las poblaciones civiles que sobreviven a acciones de violencia armada experimentan intensos estados de caos, incertidumbre y terror colectivo. La violencia armada hace estallar las redes de significado que tanto individuos como colectividades utilizan para darle sentido a la vida cotidiana. Las comunidades civiles, atacadas por actores armados, son expropiadas de los lenguajes necesarios para darle sentido a la situación; la violencia deshace el universo simbólico cotidiano de los sobrevivientes. Un segundo resultado expuesto por la antropología de la violencia es que la presencia de grupos armados erosiona los vínculos tradicionales de solidaridad, sentido de colectivo y confianza entre los individuos y familias de una comunidad; los grupos armados frecuentemente reclutan informantes y aliados entre la población civil (Rodríguez, 2008). En estas comunidades,



tanto individuos como familias aprenden a desconfiar de sus vecinos, amigos e incluso de sus parientes lejanos. La comunidad se va encerrando, silenciando, la comunicación e interacción entre amigos y vecinos comienza a disminuir. Las familias comienzan a encerrarse en sus casas y la comunidad se va aislando cada vez más. La guerra se va apropiando de los espacios públicos, donde en vez de interacciones entre vecinos y amigos, pelotones militares patrullan mercados, plazas y parques. Entre más aumenta el aislamiento y el miedo colectivo, los sentimientos de impotencia y victimización también crecen (Azam y Hoeffler 2002).

En su artículo “Cartografía del conflicto: Pautas interpretativas sobre la evolución del conflicto irregular colombiano”, Torrijos R. Vicente (AÑO), clasifica a las víctimas según la cercanía con el hecho victimizante y según la actitud que asuman frente a él. En cuanto a la cercanía, existen las víctimas directas (individuo y su núcleo familiar), las intermedias (personas a cargo) y las indirectas (afectadas en función de sus relaciones con las anteriores). Si hablamos de la actitud con la que afrontan su condición, Torrijos destaca dos tipos de víctimas grosso modo: [a] Las víctimas conformistas, esto es, aquellas que simplifican su realidad en torno a la capacidad individual de perdonar a sus victimarios y olvidar o ignorar tanto los padecimientos sufridos como los que sigue padeciendo la sociedad, y [b] las víctimas restauradoras, valga decir, aquellas que de manera responsable consigo mismas y con los demás, se preocupan activamente por:

- Reparar, reconstruir y renovar el tejido social afectado por el terrorismo; tejido social del cual se sienten parte integral y activa.
- Proteger los valores fundacionales de la democracia frente a los diferentes aparatos de oposición desleal y violenta que han existido y, más aún, los que podrían ir apareciendo a medida que las actuales OAI muten, por ejemplo, hacia: “Farcrim tipo 1”, o sea,

bandas criminales creadas por las propias Farc para seguir ejecutando -por encargo- operaciones terroristas con el fin de evitar que se les señale como los agentes perpetradores, o “Farccrim tipo 2”, es decir, alianzas formales y perdurables entre las Farccrim tipo 1 y las Bacrim, lo que daría por resultado una amenaza aún más traumática que todas las anteriores por cuanto las bandas podrían constituirse formalmente como partes del conflicto en virtud de su creciente complejidad organizacional y longevidad. En cambio, Tabares (2011), en su artículo “Reflexiones en torno al devenir sujeto político de las víctimas del conflicto armado”, expone la necesidad de la sociedad colombiana de posicionar a las víctimas en un solo lugar, el de sujetos activos, con capacidad de reflexionar sobre la experiencia de las cuales fueron protagonistas y parar de tratar el dolor de estas personas (víctimas) como un asunto íntimo y privado. Su reflexión surge de las vivencias experimentadas por cinco personas víctimas del conflicto armado colombiano ubicadas en la Comuna 13, en Medellín; y hace evidente que la forma más conveniente de tratar sus dolores y sufrimientos es a partir de la transformación del individuo histórico en sujeto constructor de historia, creando autonomía para aliviar su sufrimiento siendo el actor de su propia historia. Tobón (2010), en su artículo “Animalizar para distinguir. Narraciones y experiencias del conflicto político armado entre la Gente de centro”, también concibe a las víctimas como sujetos activos, capaces de reconstruir su propia historia a través de la cultura. Las define no solo como sujetos políticos provistos de la responsabilidad de actuar y pensar sobre su propia existencia frente al conflicto político armado, sino también como sujetos que aportan un relato verídico sobre la historia de construcción de la guerra colombiana (Tobón, 2010).

### **3.5 Dificultades para reparar a las víctimas**

La misma Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz), en sus artículos 6, 7 y 8, establece que toda víctima tiene:

-Derecho a la justicia: [...] El Estado tiene el deber de realizar una investigación efectiva que conduzca a la identificación, captura y sanción de las personas responsables por delitos cometidos por los miembros de grupos armados al margen de la ley; asegurar a las víctimas de esas conductas el acceso a recursos eficaces que reparen el daño infligido, y tomar todas las medidas destinadas a evitar la repetición de tales violaciones.

-Derecho a la verdad: La sociedad, y en especial las víctimas, tienen el derecho inalienable, pleno y efectivo de conocer la verdad sobre los delitos cometidos por grupos armados organizados al margen de la ley, y sobre el paradero de las víctimas de secuestro y desaparición forzada.

-Derecho a la reparación: El derecho de las víctimas a la reparación comprende las acciones que propendan por la restitución, indemnización, rehabilitación, satisfacción; y las garantías de no repetición de las conductas. Restitución es la realización de las acciones que propendan por regresar a la víctima a la situación anterior a la comisión del delito. La indemnización consiste en compensar los perjuicios causados por el delito. La rehabilitación consiste en realizar las acciones tendientes a la recuperación de las víctimas que sufren traumas físicos y psicológicos como consecuencia del delito. La satisfacción o compensación moral consiste en realizar las acciones tendientes a restablecer la dignidad de la víctima y difundir la verdad sobre lo sucedido. Las garantías de no repetición comprenden, entre otras, la desmovilización y el desmantelamiento de los grupos armados al margen de la ley.

Precisamente para garantizar ese derecho a la reparación, en junio de 2011 se aprobó la Ley de Víctimas y de Restitución de Tierras o Ley 1448 de 2011. Esta contiene

elementos para asistir y reparar integralmente a las víctimas. Para tales fines, dicha Ley fomentó la creación del Centro de Memoria Histórica, la Unidad de Restitución y la Unidad para las Víctimas; esta última Unidad tiene la tarea de reparar a más de 8 millones de víctimas que ha dejado el conflicto: allí están incluidas las víctimas de 1.900 masacres documentadas y 6,5 millones de desplazados. El Gobierno Nacional decía que se habían cumplido todas las metas del primer mandato de Santos: Se anunció que 385.000 víctimas recibieron reparación administrativa; de esas, casi 200.000 tuvieron una reparación integral, que va desde lo económico hasta cobertura en salud y educación, y 50.000 recibieron atención psicosocial. Hasta 2014, se habían destinado 19 billones de pesos para la ejecución de esta norma. Mientras tanto, desde los municipios se denunciaba una compleja realidad: existen dificultades económicas, tecnológicas, falta de capital humano y capacitaciones. En otras palabras, el sistema era insuficiente para todas las personas a las que había que atender.

En la práctica de la Ley ocurre que, por ejemplo, las personerías son las encargadas de apoyar la atención humanitaria de la Unidad Administrativa Especial para la **Reparación Integral a Víctimas**, colaborar con los censos, apoyar en la recepción de declaraciones y garantizar la participación de la víctimas en el proceso de decisión a través de la inscripción de las organizaciones de víctimas y derechos humanos; sin embargo, “Las personerías del país no están hoy en la capacidad de aplicar la implementación de la Ley de Víctimas y de Restitución de Tierras, y hacen falta personal y tecnología para cumplirle al país. Así lo advirtió Alfonso Campo, presidente de la Federación Nacional de Personeros (Fenalper)”<sup>1</sup>.

De acuerdo a lo manifestado en el 2012 a El Espectador por los personeros de tres ciudades del país, no contaban con los recursos económicos para adquirir implementos

---

<sup>1</sup> El Espectador (2012)

que funcionaran para una básica toma de declaraciones de las víctimas, así como tampoco recursos humanos y financieros.

Además, “[...] las víctimas viven una odisea o una panacea según el municipio donde vivan. Esto es porque la aplicación de la ley depende de qué tan de su parte estén las autoridades departamentales o locales” (Semana, 2014).

Por otro lado, las mismas víctimas, e incluso los medios de comunicación, han puesto en evidencia un vacío legal, específicamente en cuanto a la restitución de tierras, que hace parte de la reparación. “La ley de Víctimas no contempló que los actuales propietarios de esos predios a restituir podían haber comprado la tierra a terceros sin ser conscientes de que ésta había sido obtenida a punta de violencia y sin haber hecho toda la investigación para saber si el predio había tenido problemas antes, que es lo que la ley de víctimas consideró que demostraba la buena fe”.

En abril de 2015, para subsanar este vacío, la Unidad de Restitución de Tierras expidió un acuerdo para brindar ‘medidas de atención’ a esos campesinos. Es un reglamento que busca resarcir a los segundos ocupantes con dos posibles compensaciones: un predio que no supere una unidad agrícola familiar y un proyecto productivo no superior a 40 salarios mínimos. Sin embargo, el mismo acuerdo especifica que la Unidad de Restitución lo aplicará solo si un juez lo ordena. Sin embargo, casi un año después de firmado el acuerdo, su aplicación por parte de los jueces de restitución ha sido precaria y en todo caso, no les solucionó el problema a los que ya perdieron sus tierras. A todo lo anterior se suma que los magistrados de restitución de tierras han sido reacios a reconocer en sus sentencias a los “segundos ocupantes” porque sienten que no tienen ‘piso jurídico’ para hacerlo. Dicen que un acuerdo administrativo no puede

inventarse algo que no está explícito en la ley de restitución y que cualquier cambio debe pasar por el Congreso. (La Silla Vacía, 2016).

El Centro Internacional para la Justicia Transicional presentó en 2015 un análisis sobre la implementación del Programa de Reparaciones Individuales establecido por la Ley 1448 tres años después de su implementación. “El estudio destaca los avances significativos en la implementación de la Ley de Víctimas, particularmente en la unificación del registro de víctimas, que ha permitido obtener mayor claridad sobre el número y tipo de víctimas, y en la entrega de indemnizaciones. Sin embargo, los niveles de cumplimiento en otras áreas son todavía bastante deficitarios.

“La Ley de Víctimas y el discurso político hacen promesas difíciles de cumplir cuando aseguran que la reparación transformará vidas y será integral. No consideran los niveles de pobreza y marginalidad en que viven muchas víctimas, ni tampoco su desbordante número. Cuando dichas promesas son hechas por ley, la incapacidad de cumplirlas afecta seriamente a la credibilidad de la ley y la seguridad jurídica. Los compromisos legales que el Estado adquirió con la Ley de Víctimas no pueden ser exonerados posteriormente bajo argumentos de falta de capacidad o previsión por parte del propio Estado,” explica Cristian Correa, asociado sénior del programa de Justicia Reparadora del ICTJ.

Las promesas incumplidas de la Ley 1448 han creado frustración entre las víctimas. El establecimiento de los servicios de salud y, especialmente, el apoyo psicosocial ha sufrido graves demoras, las necesidades educativas de las víctimas o de sus hijos no han sido debidamente atendidas, o las ayudas a la vivienda han sido insuficientes y tardías. La falta de respuesta por parte de

otras instituciones responsables de cuestiones esenciales para que la reparación sea realmente integral –como la educación, la vivienda, la salud o la exención del servicio militar obligatorio– han hecho que los esfuerzos de la Unidad de Víctimas sean percibidos como débiles por las víctimas (CIJT, 2015).

## **Capítulo 4**

### **Contexto de la violencia y la victimización en Colombia**

A finales de la segunda mitad del siglo XX, las vidas de miles de colombianos se unieron por el terror y la muerte que causaron los grupos paramilitares en cada región. Desde su aparición, que Velásquez, E. ubica en 1962, hasta el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990) llegaron a identificarse hasta 200 organizaciones paramilitares. En este mismo gobierno se declararon ilegales, pero ninguno de los siguientes, hizo algo para detener su expansión.

Entre 1996 y 1997, la mayoría de estas organizaciones paramilitares se unen en una sola, llamada Autodefensas Unidas de Colombia, que intentará legalizar el gobierno de Ernesto Samper Pizano en 1998, con el impulso de las Asociaciones Comunitarias de Vigilancia Rural, ‘Convivir’.

Es en este momento histórico donde se situará este capítulo, pues a partir de 1998, varios fenómenos políticos y de orden público provocaron la expansión de las AUC, desde Antioquia, donde tuvieron su epicentro principal, hasta otras regiones del país, incluyendo Montes de María, la Guajira, Atlántico y otras zonas de la costa Caribe colombiana.

Los protagonistas de este trabajo entonces no se conocían, pero sus vidas estaban a punto de unirse, junto con las de otros colombianos, víctimas de la violencia.

#### **4.1 Las Convivir**

Los decretos 2535 de 1993 y 356 de 1994 hicieron realidad la conformación de las Asociaciones Comunitarias de Vigilancia Rural, Convivir, absorbidas por los grupos de autodefensas ya presentes en varias zonas, pero al ser regularizadas por el Gobierno, tuvieron un auge que influyó en las zonas rurales. A los Montes de María también llegaron, incluyendo el municipio de San Juan Nepomuceno, donde Joaquín Guillermo Mendoza poseía varias fincas y vivía de lo que estas producían. En la zona ya hacían presencia las milicias de las Farc, que realizaban extorsiones y secuestros con fines económicos.

Cubides, F. explica la función asignada a las Convivir como una forma de contención del crecimiento e influencia de la guerrilla. A San Juan Nepomuceno, llegaron en 1994, según datos entregados por la familia de Joaquín Guillermo, y ese mismo año hicieron una reunión con propietarios de tierras, ganaderos de la región y todo el que tuviera poder adquisitivo, para presentarles el proyecto de vigilancia, para el cual debían aportar una suma de dinero.

Esa fue su primera presentación, tal y como lo describe Duica, L., luego de la oferta de protección llegaron las agresiones, y toda persona que no estuviera de acuerdo con el modelo se constituía como una piedra en el zapato para la organización.

A partir de 1997, cuando se empezó a cuestionar si las Convivir realmente estaban funcionando para disminuir el paramilitarismo y las guerrillas, empezaron a ser reglamentadas. Pero esto solo fortaleció sus vínculos con los grupos de autodefensas, ya estructurados entonces como AUC.

Duica explica que las modalidades de violencia aplicadas por esta organización en los Montes de María estuvieron encaminados a asesinatos selectivos, secuestros, desaparición forzada, atentados terroristas, desplazamiento forzado y masacres. Los



asesinatos selectivos fueron una de las primeras muestras de violencia y junto con las masacres, la que más muertos provocó en el marco del conflicto. Cuenta Duica que 9 de cada 10 homicidios de civiles en el conflicto, fueron asesinatos colectivos. Y uno de esos 9 fue Joaquín Guillermo, quien el 9 de abril fue ultimado por dos hombres que se acercaron a su negocio y le dispararon de espaldas.

## **4.2 El desplazamiento**

Mientras la familia Mendoza lloraba en San Juan a su padre y abuelo asesinado, los asesinatos selectivos y los atentados terroristas aumentaban en toda la zona de los Montes de María. A 57 kilómetros de ahí, sobre la carretera Troncal de Occidente, en Ovejas, Sucre, también habían llegado los grupos paramilitares, quienes pretendían imponerse en la región a través de la intimidación.

Su táctica militar, explica un informe del Observatorio del Programa Presidencial de DH y DIH, se basaba en romper las redes de apoyo de los grupos guerrilleros, por lo que las manifestaciones violentas, también tuvieron como consecuencia el aumento del desplazamiento forzado.

El periodo comprendido entre 1996 y 2000, fue de hecho, el más mortífero en este municipio de los Montes de María, teniendo su pico en este último año. Siendo Ovejas el segundo municipio con más homicidios del departamento de Sucre y el epicentro de 7 masacres perpetradas en sus zonas rurales y urbana, las amenazas y otras formas de coacción influyeron en que gran parte de la población abandonara el territorio, incluyendo a la familia Jiménez Blanco, quienes en diciembre de 1999 salieron desde Ovejas hasta Barranquilla, producto de las amenazas recibidas. “El pueblo quedó vacío”, comenta Aníbal Jiménez Blanco, uno de los protagonistas de esta investigación.

Los procesos de desplazamiento siguieron creciendo en este municipio hasta el 2001, cuando se registraron 17 mil 191 desplazados.

### **4.3 Amenazas y miedo**

En el 2002, la Comuna 13 de Medellín aportó el 42% de los desplazados urbanos de esa ciudad. Según datos del Centro Nacional de Memoria Histórica, fueron 1.259 individuos que tuvieron que salir de esta zona, por cuenta de los hechos violentos provocados por los enfrentamientos entre milicias urbanas de las Farc, el Eln y los Comandos Armados del Pueblo (CAP) y que también dejaron 138 desaparecidos, entre 2002 y 2003.

El conflicto por el control de esta zona, situado desde finales de 1990 por Pérez, P. (2015) se agudizó en el 2002, cuando según este autor, el afán por mostrar resultados de la estrategia de seguridad democrática, se tomó a la Comuna 13 como una oportunidad. Convertida en zona de interés militar, solo en el primer trimestre del 2002 se hicieron 11 operativos militares en los lugares controlados por las milicias guerrilleras y siguiendo a Pérez, con cada incursión militar y paramilitar, aumentaron también las denuncias de desaparición forzada, detenciones arbitrarias y torturas.

Un sitio en la Comuna 13 era entonces clave para el accionar de los distintos grupos armados. La Escombrera, que hasta 2000 funcionaba también como cantera y que ese año se empezó a organizar para monetizar el arrojado de residuos sólidos, y que 15 años después se cree que puede cobijar decenas o cientos de víctimas del conflicto que figuran como desaparecidos.

El proceso de legalización de este lugar, a través de la empresa Escombros Sólidos Adecuados (Essa Ltda), fue dirigida en parte por el ingeniero Javier Vega, quien trabajó paralelamente a la empresa que manejaba la cantera de la zona.

Sin tener claridad sobre el cambio de ‘poder’ que se gestaba en la comuna, el ingeniero emprendió su trabajo, asumiendo realidades como que quienes les brindaban seguridad eran integrantes de las milicias urbanas. Aunque intentó que el conflicto no afectara su trabajo, el aumento de las balaceras durante el 2001 implicó que por lo menos una persona de las que tenía a su cargo resultara herida.

En mayo del 2001, el cuerpo de una mujer asesinada apareció en la oficina de La Escombrera. Mientras tanto, el gobierno del entonces alcalde Luis Pérez intentaba entrar en la zona, sin resultados.

En junio de ese mismo año una incursión paramilitar destruyó la oficina de La Escombrera, marcaron las paredes con sus firmas y alborotaron todo en busca de armas de las milicias. El temor le pudo a Vega y no volvió a la oficina, pero los habitantes de la Comuna no tuvieron más opción y sufrieron luego el avance de operaciones para y militares como Mariscal en mayo, y la Orión en octubre de 2002, así como el cambio de poderes de la guerrilla a los paramilitares, con quienes, según el CNMH, aumentaron la desaparición y el desplazamiento forzado, siendo la población el principal blanco de confrontación.

#### **4.4 Desaparición forzada**

En Colombia han sido registradas 60 mil 630 personas como desaparecidas. Entre 1996 y 2005 se dieron la mitad de desapariciones forzadas de los últimos 45 años, 32 mil 249 según la Unidad de Víctimas. Este crimen, que ha sembrado el terror en todo el territorio colombiano, fue tomado por los paramilitares como política de guerra, a quienes se les ha atribuido el 62% de los hechos.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, la expansión territorial de las AUC se corresponde con el crecimiento del fenómeno de la desaparición forzada en todo el país.

Sus principales víctimas eran campesinos, administradores de fincas y pescadores, también conductores, vendedores ambulantes y comerciantes como Jesús Rafael Socarrás, padre de Tania Socarrás, quien viajaba entre Barranquilla y La Guajira cuando desapareció, el 9 de febrero de 2004. Según algunas pesquisas hechas por la familia, Jesús y su acompañante fueron retenidos por miembros del bloque paramilitar comandado por Jorge 40.

El CNMH destaca el objetivo de subordinar y neutralizar el sector de servicios para bloquear los flujos de servicios de las guerrillas. Es decir, que un comerciante con Jesús Rafael podía ser un proveedor, por lo que se convertía también en enemigo.

De los casos denunciados, más de 27 mil personas continúan desaparecidas, muchas de sus familias con pocas esperanzas para encontrar siquiera sus cuerpos, pues varios perpetradores han confesados que sus cuerpos fueron arrojados a cuerpos de agua, incinerados o enterrados en fosas clandestinas.

Los familiares de estos desaparecidos, como es el caso de Tania, siguen esperando conocer la verdad sobre lo que pasó con ellos, la incertidumbre y el dolor no se van a pesar de los años.

## **Capítulo 5**

### **Diseño metodológico**

Para describir los procesos a través de los que se da sentido al estatus de víctima del conflicto armado, fue necesario realizar un enfoque cualitativo, basado en el método narrativo biográfico, con cuatro historias de vida, pues permite centrar el análisis en la “versión y visión que, desde dentro y lo más profundo de la experiencia, expresan los sujetos sociales” (Galindo, 2011).

Puyana y Barreto (1994) destacan que en las historias de vida confluyen todo tipo de experiencias, sentimientos e interpretaciones, lo que revela características de la vida personal, familiar y social difíciles de detectar con otros recursos. Siendo un espacio de confluencia interdisciplinaria, la historia de vida ayuda a generar versiones alternativas y particulares de la historia general del conflicto en Colombia, a partir de las vivencias personales de los sujetos en torno a una historia social.

#### **5.1 Recolección de la información**

El paquete de investigación de este método incluye la mirada, la escucha y el registro cualitativo, lo que permitió el acercamiento a los protagonistas de las historias, desde lo que contaban y también con sus expresiones. Las entrevistas en profundidad fueron la técnica de recolección de información elegida; en ellas, plantea Galindo, el objeto de investigación está constituido por la vida, experiencias, valores y estructura simbólica del entrevistado, marcando una configuración vivencial y cognitiva de un sujeto, logrando una cercanía, no solo por sus palabras sino por lo que hablan sus miradas, reacciones, tonos de voz y otros gestos.

Esa cercanía, dice Robles (2005) implica ser prudente, sensato e incondicional, pues genera intimidad y complicidad que permite que el narrador entrevistado cuente aspectos relevantes de su vida.

Por ello, en este caso el tiempo usado en la recolección varió con cada entrevistado, aunque en promedio se necesitó de varias semanas de observación y conversación, hasta que los diálogos no aportaron nada a la investigación.

Fue fundamental para responder los objetivos, la disposición de los protagonistas.

Gracias a ello, se penetró en sus espacios íntimos: hogares, familias y lugares de trabajo, pero también se pudo llegar más allá: que en sus narraciones pasaran de contar cronológicamente los hechos, a incorporar sentimientos y reacciones generados por ellos.

## **5.2 Cuatro narrativas, un conflicto**

Para la sistematización de las cuatro historias de vida no solo era necesario el relato cronológico y lineal del hecho victimizante, sino cómo pudo haber afectado sus espacios de vida, sus relaciones interpersonales, familiares, profesionales y sociales. El método narrativo biográfico permite asociar todos estos aspectos a través de la construcción de una historia que pudiera mostrar los antecedentes y las reacciones al conflicto en cada uno de los protagonistas.

Aunque las historias están enfocadas en cuatro personas, la reconstrucción de sus realidades se dio a través de las narraciones de ellos y de sus familiares, lo que permitió una confrontación en la forma como cada integrante de la familia enfrentó un mismo hecho victimizante.

El documento que emerge de la interacción entre el investigador y el narrador informante es llamado autobiografía (Galindo, (1998) p 211), pero en este caso, la

investigación también requirió ahondar en los relatos de vida de la investigadora, por lo que el investigador se convirtió en un instrumento más de análisis.





## **Segunda fase**

## Capítulo 6

### Análisis temático de la investigación

Comencemos con un viaje. Es la tarde del viernes 30 de octubre de 2015, son las seis. Hace algunas horas partimos desde Barranquilla y ahora llegamos a nuestro destino: El Carmen de Bolívar. Nos trajo hasta aquí el *V Festival Audiovisual de los Montes de María, sembrando memorias, cosechando esperanzas para la paz y la reconciliación*, para ser testigos de cómo el arte y la comunicación pueden convertirse en herramientas poderosas para construir paz. Bien lo dice Clemencia Rodríguez en “Lo que le vamos quitando a la guerra”: es mucho más significativo abrir un espacio social y cultural donde las cosas pasan y la gente se encuentra a pesar de la guerra, al margen de la guerra, a espaldas de la guerra.

Mientras bajo el vidrio del carro blanco en el que viajamos, pregunto a un grupo de mujeres que camina por la calle, dónde queda la Escuela de música Lucho Bermúdez, pero ellas prefieren ignorarme. No confían en mí, porque nunca me habían visto - pienso-. Y con razón, porque recuerdo haber escuchado que El Carmen fue uno de los municipios que padeció con mayor intensidad del conflicto en los noventa y 2000 a raíz del enfrentamiento entre las FARC y las AUC... ¿El resultado?, desplazamiento forzado, masacres, homicidios selectivos y buena parte del territorio infestado de minas antipersona. Quizá esa sea la respuesta del porque no confían en cualquiera que llegue preguntando dónde queda esto o lo otro. Volvamos al carro. Me adentro en el pueblo y ceno en un lugar que queda justo detrás del Santuario Nuestra Señora del Carmen, junto a mis compañeros de la cohorte 8 de la Maestría en Comunicación de la Universidad del Norte, que son además los compañeros de esta travesía. Vuelvo a pensar en esa aparente

resistencia de las carmeras, pero ahora me pregunto si la prevención no será en realidad mía, pues yo llevaba más de quince años sin pisar estas tierras por puro y físico miedo. Ahora estamos en la Plaza Principal, donde esta noche, bajo las estrellas y abrazados por el calor, se proyectará el cortometraje de ficción 'Julia', de Jaime Avendaño (2014). Hay unas mil sillas estrictamente organizadas en la plaza, que ahora es más que nunca el epicentro cultural gracias al Festival Audiovisual. Veo a niños, hombres, mujeres, ancianos, todos unidos por música, danza y, de nuevo, la película. En 16 de minutos (con 28 segundos, si queremos ser exactos), contemplo la historia de Julia, que, tras una masacre en su pueblo, Nueva Venecia, tiene que esperar que aparezca el cadáver de su esposo para morir en paz.

*¿Por qué te has llevado lo que yo más quiero? Entrego mi canto a tu piedad eterna para que mis días no sean una tormenta* –cantan unas mujeres en la película, mientras veo en la pantalla la última escena de un sepelio: el ataúd entrando a la fosa. Julia llora y un velo negro cubre sus canas, pero no su rostro triste y ajado por los años, y por el sufrimiento, creo. Echan tierra y Julia sigue mirando, y yo pienso en mi abuelo Joaquín. Pienso que yo tenía apenas siete años cuando lo mataron en San Juan Nepomuceno, que apenas queda a una hora de El Carmen. Pobre mi abuelo, y pobres mi papá Manuel y todos los que lo perdimos así, de repente, a la brava. *Calma las aguas de la ciénaga, recoge el llanto de la noche, recuérdale al pescador lo bello de tu benevolencia, abandono mis penas en tu vientre puro* –siguen cantando y Julia apenas mira cómo cae la arena sobre el cajón. Al final, pone una corona fúnebre hecha a retazos de tela encima de la pila de tierra debajo de la cual reposa su esposo.

El día que sepultaron al abuelo lo vi ahí, en el cajón, y vi a mi abuela llorar, ella ni siquiera pudo ir al cementerio porque se desmayó. Se me aguan los ojos. Y no solo pienso en el abuelo muerto, sino en los días de finca y de paseos en San Juan, lo veía

feliz, rodeado de sus hijos y de sus nietos. Julia es pura ficción, sí, pero cómo remueve mis realidades y las de Colombia. Sigo cuestionándome sobre cuántas víctimas hemos tenido que enterrar, cuántas Julias habrá aquí, en El Carmen. ¿Acaso también yo soy víctima de esta guerra de medio siglo a la que nombramos Conflicto Interno Armado Colombiano?

Se fue la noche, ya es sábado. Ahora es de mañana y pasamos en el carro de Lina María Vega Estarita (una de las compañeras de maestría) por el último barrio de El Carmen, El 28, que queda antes de salir a corregimientos como Caracolí y La Cansona; precisamente a La Cansona nos dirigimos, para contemplar el esplendor de los Montes de María desde el cerro. Lina conduce mientras las compañeras Tania Socarrás, Karen Saavedra, Vanessa Gómez y yo, contemplamos el verdor de las montañas. Llegamos a La Cansona, es mejor de lo que esperábamos: inspira tanta tranquilidad ver la majestuosa naturaleza desde el cerro, que volvemos al carro hablando de cuánto ha cambiado El Carmen.

Hace diez años era impensable que un grupo de extrañas llegara hasta aquí tan calmadamente. De hecho, este viaje hubiese podido terminar en un secuestro, en una masacre o, por lo menos, en un susto por culpa de la guerra entre las fuerzas del Estado, las Farc y las AUC. Aquí estamos, hablando de esa guerra... ¿ajena? No, para nada ajena. Lina dice: “Es que en Colombia todos somos víctimas”, y entonces empieza a contar que su papá, que es paisa, fue gerente de La Escombrera de Medellín poco antes de la Operación Orión, que esa empresa quedaba en la Comuna 13, que lo amenazaron, estuvieron a punto de matarlo y que fueron tan difíciles aquellos días que no piensa regresar a la Comuna 13 jamás. Tania se arma de valor y por primera vez habla de la desaparición de su papá, que un día salió de casa, en Barranquilla, a trabajar en La Guajira y nunca más volvió. No sabe quién, ni por qué, pero lo desaparecieron. Y yo

volví a pensar en el abuelo y a narrar que lo mataron los paramilitares en su tienda de San Juan Nepomuceno y a la familia le tocó salir corriendo del pueblo porque de un día para otro todos podían ser “objetivos militares”. También sé de otro compañero, Aníbal Jiménez Blanco, y de su familia, que salieron desplazados de Ovejas, Sucre, porque una camioneta blanca con subversivos amenazó varias veces a su hermana menor con reclutarla.

Ha sido necesario viajar a las entrañas de los Montes de María y presenciar el V Festival Audiovisual para darme cuenta de que la guerra nos toca, que no es algo lejano y exclusivo del campo, que es cercana y que nos anula a todos. No solo lo asumí yo, también lo aceptaron Tania, Lina y Aníbal, que se reconocieron como víctimas indirectas del Conflicto Interno Armado y por eso hemos decidido contar nuestras historias.

Al final vuelvo a preguntarme, ¿acaso también soy víctima de esta guerra?

La respuesta es sí.

### **6.1 El día que mataron al abuelo**

Esta es la historia de Melissa María Mendoza Turizo, del día que mataron al abuelo Joaquín y de cómo tres balazos cambiaron la vida de los Mendoza para siempre.

### **6.1.1 El abuelo**

#### *El último miércoles*

Se llamaba Joaquín Guillermo Mendoza Guzmán, pero nunca lo llamé por su nombre completo. Siempre fue el abuelo, así, a secas. Oí también que la gente le decía Joaco, pero siempre me gustó más la calidez de esas seis letras: abuelo.

Era 9 de abril de 1997. Miércoles. El abuelo había decidido permanecer en casa. Prefirió quedarse en vez de ir a la finca, quería evitar encontrarse con los paramilitares o los guerrilleros que invadían el campo, así que se quedó en San Juan, arreglando sus carros y ayudando a la abuela María Teresa a vender en la tienda. Él, como todos en el pueblo, intentaba seguir con la vida porque aunque tuviese miedo y la violencia estuviera acercándose a San Juan a paso firme, quería creer que nada podía pasarle a los justos, a los simples civiles.

Siempre que se quedaba en San Juan, era una buena ocasión para usar sus camisas y pantalones, para encajarse y acomodarse el sombrero más nuevo. Ese miércoles, después de arreglar los carros, se alistó, como decimos en el pueblo. Vestía de camisa blanca, pantalón azul y abarcas, y estaba sentado junto a María Teresa en la terraza para reposar después de la cena. Llegó una vecinita a comprar ñame, él atendió porque la abuela estaba cansada. Minutos después aparecieron dos compradores más preguntando por una gaseosa. El abuelo fue al enfriador mientras la niña esperaba, el desconocido caminó hasta el mostrador apenas Joaquín dio la espalda y sonaron uno, dos, tres balazos. Todos impactaron su cuerpo: uno en el cuello y dos en el tórax, así reportó el informe de la Inspección de Policía. Se derrumbó mientras los asesinos se perdían barrio arriba. María Teresa no alcanzó siquiera a pedir ayuda y menos a llevarlo al centro de salud del pueblo.

Los vecinos describieron a los matones como hombres “achinados” y robustos, que llegaron diciendo “buenas noches”. Cuentan que mi abuelo intentó correr al verlos armados, pero no le alcanzaron los pasos para huir... dicen mucho, pero solo hay una certeza: los asesinos se perdieron y sembraron el horror en San Juan. Y en los Mendoza. Y en mí, aunque apenas tuviera siete años. Eran las seis de la tarde, el abuelo murió a sus 59 años.

Tuvieron que pasar más de diez años y otros asesinatos en San Juan para que Manuel Tirado Morales, 'El Chuzo', se desmovilizara del Bloque Córdoba de las Autodefensas Unidas de Colombia y hablara sobre el crimen del abuelo en versión libre, desde Barranquilla.

“Cuando se disponía a despachar dos gaseosas a una pareja de desconocidos que llegó a su tienda, Joaquín Guillermo Mendoza Guzmán fue asesinado por la espalda. El crimen ocurrió el 9 de abril de 1997 en el barrio La Floresta, cerca de la variante de San Juan Nepomuceno”, se lee en un recorte del periódico El Universal que data del jueves 19 de marzo de 2009 y que la abuela María Teresa conserva en una carpeta. Y sigue así:

“Según alias 'El Chuzo', este asesinato se originó por informaciones de la Infantería de Marina en las que señalaban a Mendoza como colaborador y miliciano del frente 37 de las Farc. Esa acusación fue rebatida por las víctimas que se encontraban en San Juan, quienes aseguraron que su pariente fue concejal de San Juan por ocho años y era apreciado por su comunidad”.

La versión de Tirado Morales decía que el mismo Salvatore Mancuso ordenó el asesinato, y 'El Piña' y 'Tres Patas' se encargaron de ejecutarla. La nota remata: “Ante la pregunta del fiscal de si él verificó la pertenencia de Mendoza Guzmán a las milicias de las Farc, el versionado dijo no tener las pruebas de ese señalamiento”.

*“No voy a pagar para que asesinen a sanjuaneros”*

El abuelo iba todos los días a la finca para cuidar sus cultivos y su ganado. ¿Cuántas veces dejó de ir para evitar encontrarse con guerrilleros o paramilitares? No sé.

Lo que sí se sabe en la familia es que Joaco fue víctima desde mucho antes de su muerte. En 1991, por ejemplo, ya lo extorsionaban: le pedían botas, alimentos no perecederos, animales, medicamentos o cualquier cosa valiosa para sobrevivir en el



monte. No era guerrillero, pero ¿qué podía hacer? No había muchas opciones, tenía que dar lo que pedían para que no lo mataran, ni a su mujer e hijos. También se habla del día de la reunión... ¿Reunión con quién? Con las Cooperativas de Vigilancia y Seguridad Privada o las famosas Convivir. ¿Dónde? en San Juan Nepomuceno. ¿Para qué? Para combatir la “plaga” de cuatrereros (ladrones de ganado) y cualquier delito que “proliferara” a consecuencia de la falta de control del Estado. Al encuentro estaban citados los ganaderos del pueblo y de sus alrededores, agricultores, comerciantes, en fin, personas que pudiesen aportar dinero para “mejorar” la seguridad del pueblo. Nada de eso encajaba con los principios del abuelo, según cuenta la tía Dominga Mendoza: “Mi papá dijo que él no era pendejo, no era un maricón, que le vieran sus manos (que eran) para trabajar, (y no) para darle a ningún huevón... Y dijo también ‘yo no voy a pagar para que maten sanjuaneros’”.

En la reunión él dijo que les pedía permiso y se retiraba porque no iba a contribuir a que San Juan se convirtiera en un Urabá antioqueño. Se marchó sin poner el millón trecientos mil pesos que le “pedían” a cada asistente para comprar armas, carros y para alimentar a los militantes de esa “promesa de seguridad”.

Había tanta tensión en casa, que aunque se mostrara fuerte, decidido y radical en sus principios, y se esforzara por ocultarlo, la abuela María Teresa sabía que el abuelo tenía miedo, muy en el fondo temía que lo mataran, pero vivía diciendo que no había hecho nada malo, que el que nada debe nada teme.

Ese, sin embargo, no fue el único incidente de Joaco con un grupo al margen de la ley. Como todos en el pueblo sabían que él tenía dos fincas y que en ellas se criaba ganado, que tenía una tienda y además vendía palma, se pensó que era rico y, por lo tanto, “extorsionable”.

La tía Dominga cuenta que una mañana, el abuelo llegó a la finca Cañito a trabajar y se encontró con un grupo de guerrilleros de las Farc. Lo increparon para pedirle 30 millones de pesos a cambio de no atentar contra él ni ningún miembro de su familia, pero él era un simple campesino. Se le cayó el mundo encima, ¿y cómo no? ¿De dónde iba a sacar tanto dinero? No todo el ganado que había en sus fincas era de él. A lo sumo, tendría unas diez vacas, las demás eran ajenas y él arrendaba sus predios a los dueños. No había manera de conseguir el dinero en tan poco tiempo y apenas quedaban dos aparentes salidas: la primera era irse lejos de San Juan, a un lugar donde no lo pudiesen encontrar; la segunda, hablar con ellos y ponerles los puntos sobre las íes. Se decidió por la segunda, arriesgando su vida. Les contó cuál era su situación económica real y volvió a mostrarles sus manos: las manos ajadas de un campesino que corta leña y que ordeña para sobrevivir. A su hija Neyla se le ocurrió que podían menguar la agresividad de los guerrilleros llevándoles medicamentos y alimentos no perecederos, y lo hicieron. Resultó bien. Los milicianos desistieron de la extorsión. “Mi papá y yo hablamos con ellos. Recuerdo que ese día, llegué en una mula a un lugar dispuesto por ellos en Cañito. Había muchos guerrilleros, mi papá estaba preocupado, pero gracias a Dios ellos estuvieron en la disposición de escucharnos, les explicamos que no teníamos de dónde sacar tanto dinero, que mi papá era un simple campesino y que no era dueño de tanto ganado como ellos pensaban, lo poco que teníamos era el esfuerzo de toda una vida de trabajo y sacrificio. Nos creyeron y nos dieron su palabra de que estábamos seguros, que regresáramos a la casa tranquilos”, recuerda Neyla.

*“Una política sana”*

Joaquín fue concejal de San Juan Nepomuceno durante ocho periodos entre 1974 y 1982. Su carrera política comenzó hace unos 46 años, cuando él y su familia vivían en un “caserío” que ni siquiera tenía nombre oficial, tampoco Junta de Acción Comunal y

menos acueducto, ni energía eléctrica. Joaco se dispuso a organizar con algunos vecinos una junta que pudiese gestionar cambios estructurales en la comunidad. Ahí empezó su liderazgo. Lo primero que hicieron fue “bautizar” el barrio: lo llamaron El Progreso. El grupo de líderes tocó las puertas de la Gobernación de Bolívar y obtuvo orientación para conformar una Junta de Acción Comunal, se vincularon al *Fondo Cofinanciación para la Inversión Rural (DRI), del Ministerio de Agricultura, para* gestionar recursos para invertir, conseguir que pavimentaran sus calles y que el acueducto llegara a sus casas, así fuera con agua salobre. También les donaron mercados con latas de aceite, arroz, harina, leche y otros productos básicos de la canasta familiar. Comunidades vecinas como el barrio Diógenes Arrieta, Guapango y Barranquillita siguieron el ejemplo de El Progreso y conformaron sus JAC, ese fue un paso importante para crear la Asociación de Juntas de Acción Comunal de San Juan, que presidió Joaquín: en el pueblo reconocían su capacidad de gestión tanto en San Juan como en Cartagena. Más tarde, esa asociación se convirtió en la Federación de Juntas de Acción Comunal de San Juan y el abuelo también la encabezó. Por ese entonces, Joaquín consiguió una ‘Botica Comunal’, que era una droguería que funcionaba en el hospital, pero que pagaba el gobierno departamental. Dicha droguería vendía a mitad de precio todos los medicamentos.

La parte política propiamente dicha comenzó cuando los Mendoza Martínez se mudaron al barrio La Floresta. A la abuela María Teresa no le gustaba mucho la faceta de líder de Joaquín, y se lo decía. Aceptó que se mudaran a La Floresta con la condición de que renunciara a todo lo que tenía que ver con las Juntas de Acción Comunal o Juntas de Padres de familia porque ella quería “tener la vida en paz”, pero los planes de Joaquín eran otros: formó parte del Movimiento Político Liberal Arrieta Vásquez, se lanzó al Concejo Municipal y ganó. Iba a las sesiones en abarcas y con sombrero, poco le

importaban las burlas o las críticas de algunos, sus esfuerzos se enfocaban ahora a todo el pueblo: gestionó un coliseo deportivo, organizó equipos de béisbol, sóftbol, pesas y ciclismo.

Nada de eso evitó que lo asesinaran, ni siquiera el don de gentes que quienes compartieron más con él dicen que tenía. Convocó a tantos en vida como el día de su sepelio. Mi mamá Cande lo recuerda bien: dice que ese 10 de abril había tanta gente, que parecía que no iba a caber en el cementerio de San Juan. Cientos de personas caminaron desde la casa al camposanto para dar el último adiós, lamentaban que hubiesen matado a Joaco.

### **6.1.2 La niña: Licho**

La única persona en el mundo que me decía Licho era mi abuelo.

Mi mamá Cande me cuenta que él me conoció a los tres días de nacida. Llegué a este mundo el 8 de noviembre de 1990 y el 10 llegó él. Tenía tantas ganas de conocerme, que viajó tres horas desde San Juan Nepomuceno a Cascajal, un corregimiento de Magangué donde vivía la familia de mi mamá. Se acostó en una hamaca y abrazó a ese ser pequeño y frágil que era yo. Me acostó sobre su pecho y me arrulló con esa ternura escondida en sus manos rústicas de campesino. Él y la abuela María Teresa pasaron aquel sábado en Cascajal y el domingo, temprano, se devolvieron a San Juan.

¿Que cuál es el primer recuerdo del viejo Joaco? Un día en San Juan, paseando en su camioneta roja con gris, éramos felices solo dando vueltas, y comiendo los guineos que él mismo cultivaba para que yo me encargara de repartirlos a todos los nietos por igual. Yo era libre, me la pasaba jugando, brincando, bailando, cantando... *Un pajarito vino hoy, muy temprano junto a mí, y me vino a despertar: ¿no te vas a levantar? De la cama yo salté, me bañé y me vestí. Al colegio yo corrí, para tarde no llegar, con la cabeza sí, sí, sí... Con las manos: tá, tá, tá. Con los pies: pá, pá, pá... Media vuelta yo daré y sentadito quedaré*, gritaba a todo pulmón y el abuelo se reía. Él era feliz viéndome así como el pajarito: libre.

Recuerdo también aquella noche que me senté en la terraza de la casa del abuelo a llorar, porque mi papá Manuel no llegaba de su trabajo, él daba clases en El Guamo (corregimiento de San Juan Nepomuceno) y yo lo extrañaba mucho. Mi llanto era tan quisquilloso, que el abuelo se desesperó, se quitó una abarca y me dio tres chancletazos para que llorara “con gusto”... Yo tenía tres años y, efectivamente, lloré más. Ni la intervención de la tía Judith impidió aquella “limpia” (reprimenda a golpes).

Yo seguía siendo la pequeña Licho cuando lo mataron. Lo siguiente que recuerdo es que ese 9 abril sonó el teléfono. Respondió mi hermano mayor, Guillo.

-Aló...

-Mataron al viejo Joaco –decía mi abuela entre sollozos-

Guillo, con la bocina sobre su mejilla, repitió la noticia: Mataron a mi abuelo.

Mi mamá quedó pálida y agarró el teléfono. Mi abuela seguía llorando, gritando una y otra vez que el abuelo estaba muerto.

Mi mamá colgó, todos teníamos miedo y la mesa quedó servida. Ella nos contó y mientras buscaba la forma de avisarle a mi papá, el pánico se apoderaba de mí y de mis

hermanos: ¿Y si mi padre es el siguiente? Me estremecía pensar que lo asesinarían también.

Nunca me había sentido tan angustiada, ni tan triste. Tenía 5 años y el asesinato me mostró cuán malos podíamos ser los humanos. Por más que mi mamá se esforzara para ocultarnos la gravedad del problema y todos estuvieran en silencio, mi hermano y yo nos dábamos cuenta de todo. Sabíamos que nuestras vidas jamás volverían a ser iguales, y nos aferrábamos a cualquier cosa que nos diera tranquilidad. Supe que Guillo, por ejemplo, le rezó a un pájaro muerto. Teníamos un pajarito que se llamaba Pepe y había fallecido dos días antes que mi abuelo. Guillo pensé que como Pepe estaba en el cielo podía ayudarnos, así que se fue para el cuarto y le rezó por mi mamá y mi papá, que los cuidara y que le diera paz a mi abuelo.

En la tarde siguiente, ya en el sepelio, mi papá abrió el féretro, me cargó y me mostró el rostro del abuelo. “Melissa, tu abuelito se fue para el cielo”, dijo y yo solo le veía pedazos de algodón en la nariz, en la boca y los oídos, y le pregunté para qué eran... “Para que no se le salga la sangre”, respondió.

Cuando ya lo iban a sepultar, bajaron el féretro y alguien echó tres puñados de tierra antes que el sepulturero comenzara a enterrarlo con su pala. Mientras más tierra caía, más arreciaba el llanto de todos. Miré a mi alrededor y no vi ni a mi abuela, ni a la tía Neyla, tampoco a la tía Judith, luego supe que se quedaron en la casa porque la abuela se puso mal en el velorio.

\*\*\*

Desde la noche del crimen odié el timbre del teléfono. No quería que volviera a sonar nunca, porque podía ser una mala noticia. Dejé de ser libre y segura. Siempre que mi papá o mi mamá tardaban, así fuese poco tiempo más del normal, en llegar a casa, me

imaginaba lo peor. Esperaba sentada en la puerta, temiendo que los hubieran matado. Recuerdo que mi mamá siempre regresaba de San Cayetano (allá trabajaba) a las seis de la tarde y un día el bus se varó, pero en ese entonces, en 1998, no había celular y yo no tenía forma de saber del incidente. Pasaron las seis, las siete y las ocho, y mamá no llegaba. Me senté en el piso, al lado de la reja, y pasaron las nueve y las diez, y cuando sentí que ya no podía más de la angustia, del físico pánico de perderla para siempre, apareció contando su travesía. Y volví a vivir.

Pero siempre me acompañó la idea o el pavor –más bien- de que un día matarían a mi papá. Me parecía que la historia estaba condenada a repetirse tarde o temprano y por eso no me dormía hasta que él llegase. Llegué a construir la escena mentalmente: sonaban dos o tres balazos y yo salía a la terraza y encontraba a mi viejo Manuel muerto, lleno de sangre y con los ojos cerrados. Me daba físico horror. Se me aceleraba el corazón apenas con pensarlo.

Todas las noches, mientras esperaba, me aferraba a la reja y pedía que volviera. Jugar dejó de ser una opción para mí, porque invertía todas mis energías en desear que regresaran salvos. Nunca odié directamente a los asesinos, y de niña entendía muy poco de la guerra entre la guerrilla y los paramilitares, pero siempre me pregunté cómo hubiera sido crecer con el abuelo. Cómo habría sido si toda la familia no hubiera tenido que salir huyendo del pueblo y venir a Cartagena, porque me quedé sin San Juan, que hasta antes del crimen solo era sinónimo de felicidad.

No solo perdimos a un ser amado, perdimos una forma tranquila de vivir y de crecer, y siempre le reclamé a la vida eso. ¿Por qué nos pasó a nosotros? ¿Por qué la vida tiene que ser tan injusta? ¿Por qué me tocó vivir con miedo? Me preguntaba resentida, muy en el fondo. Y crecí, me volví adolescente y, casi sin darme cuenta, fui guardando esas preguntas en el fondo, precisamente. Me concentré en fortalecer mi espiritualidad e

intentar sanar el miedo, pero siempre que había una situación estresante volvía a aparecer, resurgía.

### **6.1.3 La adolescente: Meli**

No hubo más Licho, ahora todos me decían Meli. Mi papá se llamaba Manuel Joaquín, era un hombre de un carácter fuerte, que arreció cuando mataron al abuelo. Pensaba que la mejor forma de corregir era a través de los golpes, porque a él lo educaron así. Yo sentía, sin embargo, que en cada corrección había algo de esa ira y dolor acumulados tras el asesinato, y, una vez más, me sentía insegura. Temía equivocarme en un examen, por ejemplo, porque sabía que mi padre me pegaría. Aunque marchaban bien las clases en la Institución Educativa Soledad Acosta de Samper (allí estudié el bachillerato, cursé la primaria en el Institución Educativa José Manuel Rodríguez Torices- Inem), siempre me perseguía la inseguridad, me costaba hablar en público.

Recuerdo que un día, cuando hacía séptimo, en medio de una exposición de Castellano, me dio tanto miedo que me quedé sin voz, completamente paralizada. La profesora solo me decía: “Meli, cálmate”, pero no podía controlar los nervios. Terminé la exposición como pude, pero con la voz quebrada. Ese episodio me marcó y me hizo aún más temerosa, porque siempre que debía intervenir en público lo recordaba, pensando que podía volver a pasar.

Ese tipo de situaciones no solo ocurrían en mi vida académica, sino personal. Algunas veces, era fácil ser espontánea y abierta, pero en otras ocasiones me costaba.

De niña, no sabía controlar mis emociones negativas y terminaba explotando ante cualquier tipo de presión, por ejemplo: recuerdo el día que le pegué a Carlos, el niño que me gustaba. Él se había enamorado de otra muchacha, y, en medio de mis celos me quería vengar, una mañana ocupó mi puesto sin permiso y dejó su bolso ahí. Le reclamé



airada, lo empujé y él también lo hizo, pero con tanta fuerza que me caí, me golpeé con un pupitre y me corté en la sien.

Mi carácter chocó con el de mi papá durante toda mi juventud, así que nuestra relación tenía altos y bajos.

#### **6.1.4 La adulta: Melissa**

La primera definición de víctima que encontré en internet fue esta: “Persona o animal que sufre un daño o un perjuicio a causa de determinada acción o suceso”<sup>2</sup>. Leí también: “Se entenderá por ‘víctimas’ las personas que, individualmente o colectivamente, hayan sufrido daños, inclusive lesiones físicas o mentales, sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo sustancial de sus derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones que no lleguen a constituir violaciones del derecho penal nacional, pero violen normas internacionalmente reconocidas relativas a los derechos humanos”<sup>3</sup>.

Nunca sentí esas palabras tan mías como cuando viajé a El Carmen de Bolívar y vi a tantas víctimas unidas en torno a la cultural, apostándole al Festival Audiovisual de los Montes de María para pasar la página. Vi que la idea no era quedarse en el dolor, sino sanar, hablar de lo que pasó, de las masacres, de los desplazamientos, las pérdidas materiales y emocionales, porque es necesario hablar del dolor para superarlo y perdonar. ¿Pero cómo iba yo a perdonar a los asesinos de mi abuelo, desde Mancuso hasta ‘El Tres patas’, si no me había reconocido como una víctima?

---

<sup>2</sup> Diccionario de la Real Academia Española.

<sup>3</sup> Declaración sobre los principios fundamentales de justicia para las víctimas de delitos y del abuso del poder, de la Organización de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, adoptada por la Asamblea General en su resolución 40/34, de 29 de noviembre de 1985.

Solo después de escuchar historias de guerra y ver que la esperanza vuelve a nacer en lugares donde antes hubo sangre y muerte, me reconocí como una víctima indirecta del conflicto. Acepté que el crimen del abuelo en verdad cambió nuestras vidas: trastornó la de la abuela María Teresa, por ejemplo, porque ella tuvo que malvender las fincas, la casa y todo por lo que había trabajado en San Juan, y huir para evitar que también la mataran. Mi familia no pudo volver más al pueblo, no tranquilamente. Me perdí del abuelo, de los guineos, de los paseos en la camioneta roja y la última imagen que tengo es la de su cadáver dentro del féretro, con los ojos cerrados y algodones en la nariz y en los oídos, ¿pero quién era yo para odiar? Nadie. Si en El Carmen, donde hubo masacres, ellos tenían el coraje de perdonar, yo también podía hacerlo. Y lo hice. Soy víctima, ahora lo sé, pero decidí no odiar.

#### **6.1.5 Mi papá se llamaba Manuel y le decían Joaqui**

Algo que mi papá, Manuel Joaquín Mendoza Martínez, heredó del abuelo fueron sus manos luchadoras y el alma sensata frente a la injusticia.

Me contó que desde pequeño se ganaba la comida trabajando después de salir del colegio. Como eran tan pobres, y él era el mayor entre cinco hermanos, le tocaba ayudar a su padre en las tareas de la finca.

Llegaba de la escuela a su casa, en La Floresta, al mediodía, y luego de comer sopa o un trozo de ñame con queso, salía dos horas de camino hasta la finca. Andaba con un burro en el que montaba dos calambucos de agua, que a veces hasta se le caían con todo y burro. Este pedazo de su historia me la contó entre lágrimas, en medio de una borrachera, cuando yo tenía diez años. Llorando me decía que su niñez estuvo acompañada de largas horas de trabajo, de momentos tristes: en Navidad soñaba con un gran camión porque veía que a sus vecinitos les daban regalos grandes, pero recibía un

carrito pequeño y lo disfrutaba como si fuese aquel camión soñado, le amarraba una cuerda y corría por el patio de su casa hasta gastarle las llantas, era feliz con su regalo. Desde los siete años fue consciente de la escasez en la que vivían. Desde esa edad lo mandaban a trabajar. Narró que la rectitud de su padre era tal que le decía: “No creas que todo lo mereces, aquí las cosas te las tienes que ganar”, la expresión era un golpe a su inocencia pero, a la vez, un espaldarazo a su carácter.

Trabajaba para sostenerse y para ayudar en los gastos de la casa y tenía un sueño: educar a otros, por eso estudió en la Normal Superior de San Juan. A los 15 años dejó su pueblo y se radicó en Barranquilla, donde estudió licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Simón Bolívar. Tenía dos mudas de ropa, la que se quitaba y la que se ponía; vendía arepas y fue celador de carros para acabar sus estudios, su padre pagaba la universidad pero a él le tocaba correr con lo demás.

#### **6.1.6 La tía Judi**

Joaquín y María Teresa tuvieron cinco hijos en este orden: Manuel, Neyla, Jairo, Judith y Dominga. Un docente, una visitadora médica, un médico, una diseñadora de modas y una secretaria. A todos les afectó su muerte, pero el golpe emocional pareció noquear a Judith y afectar a Neyla de forma particular. Hablemos de Judith o la tía Judi, que murió deprimida.

##### *La felicidad efímera*

Su niñez transcurrió en San Juan Nepomuceno y allí estudió hasta el año 1985. Al finalizar su bachillerato, decidió irse junto a su hermano mayor, Manuel, para Barranquilla, a perseguir su sueño: anhelaba ser diseñadora de modas. Ya le había dicho a Joaquín que si no la apoyaba en su meta era mejor que se desentendiera, porque no quería hacer de su vida otra cosa. El primer paso consistía en estudiar modistería y

patronaje durante un año, porque para estudiar diseño textil en la Universidad Autónoma del Caribe debía tener unos conocimientos básicos de modistería. Por fin en el año 1987, ya preparada, empezó sus estudios en la Universidad Autónoma: Tecnología en Diseño Textil. Se graduó el 8 de noviembre de 1991, ese día, aunque no era muy amante de las fiestas, Joaquín ofreció una en honor a la tía Judi. Él y todos estaban orgullosos, sentían que el título era la recompensa a un esfuerzo de todos. Era una carrera demasiado costosa y Joaquín se esforzó mucho, igual que la abuela y todos sus hermanos.

Pronto la tía Judi comenzó a trabajar de forma independiente, confeccionando vestidos, lencería, disfraces y cualquier prenda que le encargaran, incluso zapatos y bolsos, todo lo vendía en Barranquilla y algunas veces en San Juan. Cuando llegó a la capital del Atlántico, la tía Judi vivía con su hermano Manuel y la esposa de él, pero cuando terminó la carrera y empezó a devengar, se mudó a un apartamento con dos amigas. Ellas le ayudaron a conseguir un trabajo en una empresa de diseño, que se llamaba Distribuidora Morán. El dinero que ganaba alcanzaba para sostenerse y mandar algunas veces dinero a sus papás, poco después abrieron la Universidad Autónoma la carrera que siempre soñó: Diseño de Modas y Alta Costura, ella le pidió a sus papás que la ayudaran a cursarla, porque era costosa. Al principio, Joaco se negó aduciendo que debía costear los estudios de sus otros hijos (Jairo estudiaría Medicina en la Universidad Libre), pero al fin accedió, de modo que la tía Judith trabajaba en las mañanas y estudiaba su segunda carrera en las tardes. Estaba cumpliendo sus sueños.

#### *La tristeza abrazó a Judi*

Y justo cuando la vida parecía sonreírle de verdad, cuando sentía que estaba caminando hacia el éxito, asesinaron a Joaquín: su papá, el hombre de su vida. Ella no lo podía creer. Decía, incluso, que no viajaría a San Juan porque el crimen era una falacia, una

mentira. Dos de sus mejores amigas la convencieron de que sí era cierto y la acompañaron a su pueblo natal.

A los pocos días, regresó a Barranquilla y siguió trabajando y estudiando todos los días. La vida seguía para todos, aparentemente. Incluso trabajó más y consiguió los recursos económicos para concluir sus estudios como Diseñadora de Modas el 14 de mayo de 1999. Su hermano mayor, Manuel, y su mamá María Teresa la acompañaron a la ceremonia y luego celebraron con una fiesta.

“Todos pensábamos que era una mujer feliz, contenta, plena, que había superado la muerte de nuestro padre, pero resulta que no. Ella sufría sola con sus amigas”, recuerda Neyla, y sigue: “en la empresa en la que trabajaba las cosas comenzaron a ir mal. La habían dejado de gerente encargada y había empleadas que le hacían ‘maldades’. Le robaron la caja menor con dinero que ella tuvo que reponer”. La tía Judi decía que se quería morir y Neyla la convenció de mudarse a Cartagena por un tiempo... “Ay, hermana, cómo te vas a poner así, si tú eres el soporte de la familia. Ven a Cartagena para que estés siquiera un mes con nosotras –con Neyla y su mamá-, yo te consigo una incapacidad”.

Cada día se sumía más en la depresión y padecía ataques de pánico. Tan triste se sentía, que decidió ir a un médico. Le diagnosticaron depresión y ella quiso quedarse internada en un hospital. La sedaron para que “se durmiera y su cerebro empezara a descansar” – explica Neyla-, pero padeció los efectos adversos y se sumió en el Síndrome Neuroléptico Maligno, una complicación grave del tratamiento con psicofármacos. La principal característica es la hipertermia (aumento de la temperatura del cuerpo por encima de lo normal), acompañada de hipertonía muscular (tensión muscular exagerada y permanente cuando un músculo está en reposo), alteración del nivel de conciencia e

inestabilidad autonómica. Duró ocho meses en una Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) y todos sufrían. Falleció el 2 de febrero de 2000.

Todos en la casa pensamos que la tragedia de la tía Judi comenzó justo con la muerte del abuelo, porque ella ni siquiera pudo despedirlo. Ni siquiera se sintió capaz de ir al sepelio, se rehusó a decirle adiós para siempre al papá consentidor: porque él solo se permitía ser cariñoso con ella.

### **6.1.7 La tía Neyla**

#### *El día que lo salvó*

Neyla jamás olvidará cómo le sudaban las manos y cómo se le aceleró el corazón el día que recibió esa carta de la guerrilla. Fue hace veintitrés años, pero siempre que lo narra vuelve a temblar. La misiva decía que si quería volver a ver a su papá vivo, entonces debía ir a caballo a un caño de la finca Cañito, propiedad del mismo Joaquín. Que debía vestir de pantalón y camisa azul, decía el papel que los milicianos enviaron a la casa de los Mendoza, en San Juan, con el señor Nando, administrador de la finca. Neyla cumplió todas las instrucciones, llegó al lugar indicado apenas pudo y, cuando la vio, el abuelo Joaquín comenzó a llorar. Quién sabe si tenía miedo por él, por ella o por los dos, porque estaban rodeados de guerrilleros armados que exigían 30 millones de pesos en un tiempo ridículo. Ella había reunido cien mil pesos, lo que produjo la tienda en el día anterior, y los llevó en un bolsillo. A un costado del caballo, amarró un saco con alimentos no perecederos y medicina, había que usar todos los recursos para convencerlos de que no tenían semejante cantidad, pero tampoco podía llegar con las manos vacías. Siguió la ruta trazada en la carta: debía llegar al rancho de Cañito y cabalgar arroyo abajo hasta que se encontrara con el “campamento”.

Todavía le dolía la herida de la cesárea de su hija Heidy, que había nacido hacía poco menos de un mes, pero solo se detuvo cuando vio al primer guerrillero asomarse, en una de sus mangas se leía: EPL (Ejército Popular de Liberación) y empuñaba un fusil. “Me preguntó si yo era la señora Neyla... ¿Qué trae en ese bulto? (dijo el guerrillero) y yo le respondí que eran productos no perecederos. ‘Cuidado le ha avisado a la Policía porque muere su papá y usted’ ... Tranquilo, yo vengo porque me avisó el señor que cuida allá, pero nadie sabe.

“Tenían a papi en un arroyo y se puso a llorar cuando me vio, yo le dije que no se preocupara, que nosotros nos íbamos ese mismo día de ahí... ‘Tú eres un hombre fuerte’, le dije, mientras los camuflados abrían el bulto mirando lo que había. Recuerdo que allí estaban tres hombres más con un fusil y me cuestionaron, que por qué yo había llegado con esa actitud prepotente, les respondí que en ningún momento, sino que mi papá estaba deprimido y yo tenía que darle valor”.

Le ordenaron sentarse en el piso, lo hizo y se desabrochó el pantalón, que le rozaba la herida de la cesárea, y les explicó por qué lo hacía. Ellos justificaban la extorsión diciendo que habían hecho un estudio de inteligencia y que don Joaquín tenía dos fincas con ganado, una compraventa de palmas, una fábrica de bloques y calados y una tienda grande...

-“Todos sus hijos están estudiando”, dijo el líder.

-“Qué pecado tan grande el de mi mamá y el de mi papá, que sus sueños siempre han sido ver a sus cinco hijos educados, porque mi padre es un humilde campesino. Papi, muéstrales las manos”, replicó Neyla.

Les contó que el ganado no era de él, que él solo arrendaba sus tierras y que les habían informado mal, que Joaquín no era rico, ni estaba cerca de serlo. “Esa plata que nos están pidiendo la podíamos conseguir, pero tenemos que vender todo, y ya estábamos

endeudados con los bancos”. Sacó los cien mil pesos de su bolsillo y ellos contestaron que no, que los guardara, que ellos iban a volver a investigar. Los dejaron ir y les aseguraron que no los iban a matar en el camino.

Desde entonces Neyla no dormía bien, no estaba tranquila porque, además, comenzaron a matar campesinos. En San Juan se decía que el orden público iba a empeorar, por lo que un día Neyla y Manuel se sentaron a hablar con el abuelo para pedirle que se fuera de San Juan. Él, como era de esperarse, dijo que no, que no tenía miedo porque todos conocían su recorrido diario. “Recuerdo que estábamos en el quiosco y nos dijo con una convicción impresionante que no nos preocupáramos... 'Cómo vamos a dejar todo tirado, si aún faltaba que ustedes se especialicen. A mí no me va a pasar”.

La siguiente vez que la tía Neyla vio a su papá, fue en una fiesta familiar. “Es como si el destino hubiera querido que nos despidiéramos –dice ella-, porque todos estábamos felices en el matrimonio de una prima”.

La siguiente vez, lo vio en un ataúd. Ella tampoco quiso ir al cementerio, no pudo, tanto dolor la noqueó. Se desmayó y se fue de San Juan. Volvió algunas veces, pero con miedo. Ese miedo la empujó hacia el otro drama que aún vive: padece Trastorno Bipolar. Algunos días los pasa exageradamente feliz, otros triste y agresiva.



## **6.2 Sigue esperando que vuelva**

Tania Esther Socarrás Mercado ni siquiera pudo despedirse de su papá, Jesús Rafael Socarrás Bonilla. Esta tortura llamada desaparición forzada estuvo a punto de destrozar a su familia. O la destrozó, pero ella, su mamá, Elda Mercado Anaya, y sus hermanos van reconstruyéndose poco a poco.

### **6.2.1 Tania**

-Éramos una familia normal –Tania ríe tímidamente-, funcional, por fortuna. Éramos mi mamá Elda, mi hermana Elvira; Ricardo, un hermano por parte de papá que siempre vivió con nosotros, desde que tenía 4 o 5 añitos, y mi papá. Éramos los cinco.

**-¿Cómo se llama tu papá?**

-Jesús, se llama o se llamaba, no sé, Jesús Rafael Socarrás Bonilla.

**-¿Qué le pasó? ¿Por qué dices “se llamaba”?**

-Desapareció el 9 de febrero de 2004. Creo que era domingo o lunes festivo.

**-Era lunes, ¿qué recuerdas de ese día?**

-Yo estaba empezando tercer semestre de comunicación social. Yo sabía que ese lunes él se iba de viaje muy temprano, a las 4 de la mañana.

**-Iba para...**

-Para Maicao (La Gajira), era comerciante, se iba con un compañero, creo que el señor se llama (¿o llamaba?) Alejandro. Alejandro iba a llegar a la casa, y se irían en el carro de él. No era de los amigos más conocidos, pero yo sí lo había visto en la casa. Total, la noche anterior me puse a arreglar el cuarto y me acosté como a las 2 de la mañana, arreglando mi ropa, pero yo quería despedirlo o estar pendiente cuando él se fuera, yo lo quería ver, aunque fuese por la ventana, quería verlo salir...

**-¿Y lo viste?**

-No y no sé por qué no lo vi, estuve muy pendiente, pero nunca lo vi salir. Él se fue. Yo madrugué porque tenía clases muy temprano y me fui a la universidad. Estuve en clases

hasta las 9:30 (a. m.), regresé a la casa y saludé a mi mamá. Ella estaba tranquila, ya habían hablado cuando iba por Santa Marta. Él le dijo que se sentía mal del estómago y ella le recomendó que se tomara algo, pero ella esperaba que él la llamara por segunda vez, porque siempre, cuando estaba de viaje, llamaba dos y tres veces. Nunca se le perdía. Mi mamá y yo salimos de la casa a donde una vecina, y cuando regresamos mi hermano nos contó que él había llamado en nuestra ausencia.

**-¿Qué dijo?**

-Que iban por la carretera a Riohacha y ya, no llamó más. Ese día no volvió a llamar. Yo no le paré bolas, estaba en mi mundo, en mi universidad, y no presté atención a si él llamaba o no. Pasaron tres días y ya yo notaba a mi mamá súper histérica, rarísima, como que ‘tu papá tiene tres días sin aparecer’, y yo dije: ah bueno, listo, tres días son bastante, pero no pasa nada. Pero ella insistía: ‘no es normal, él no se pierde’. Pasó una semana, un mes, pasaron dos meses y me acuerdo que cuando llegaron los tres meses dije: ‘mi papá salió hace tanto tiempo y no volvió a llamar’. Ya en ese momento era una crisis total, ella (mamá) estaba al borde de la locura. Presentía algo. Y yo empecé a preocuparme, a ver que de verdad era grave.

**-¿Volviste a saber de él?**

-No.

\*\*\*

*Los Socarrás eran felices*

Jesús no hablaba mucho, pero siempre, siempre encontraba la forma de hacerle saber a Tania lo mucho que le amaba. Ella nació en 1985 en Corozal, Sucre, pero él y su mamá Elda decidieron que sería mejor criarla en Barranquilla, y para la capital del Atlántico se mudaron en 1987. Al principio vivieron en casas de familiares, pero finalmente consiguieron independizarse gracias a que los negocios de Jesús y Elda marchaban

sobre ruedas. Eran comerciantes, vendían de todo: a veces comida, otras electrodomésticos, telas... el producto dependía de la temporada, así, por ejemplo, si era diciembre, vendían juguetes o adornos de Navidad... no les faltaba nada a Tania y a sus dos hermanos, Ricardo Ernesto y Elvira.

Los papás viajaban constantemente para comprar mercancía a Panamá, a veces a Venezuela, pero casi siempre a Maicao, La Guajira, epicentro comercial de la costa Caribe colombiana durante muchos años. “Ahora muchos dicen que está bastante acabado y diferente de como era antes, (cuando) había contrabando y no había tanto control por la ley, era el lugar donde más viajaba mi papá”, interviene Tania.

A pesar de sus constantes viajes, Jesús jamás se perdió un cumpleaños de Tania ni una Navidad en familia. Siempre encontraba la forma y, por muy lejos que estuviera, llegaba con una sonrisa y un regalo. “Nunca le escuché una grosería, y tampoco puedo decir que lo vi peleando fuerte con mi mamá. Era una persona callada, a veces parecía muy serio, pero tenía muy buen sentido del humor”, recuerda. Cómo olvidar que amaba la salsa y el vallenato, y que ella se sentía tan afortunada de tener a dos papás enamorados. A veces todos se iban a conocer pueblos de La Guajira o a pasar vacaciones en Corozal... ¿acaso podía ser mejor la vida?

*Sin decir adiós*

Gracias al esfuerzo de su padre, Tania comenzó a estudiar Comunicación Social en la Universidad del Norte a principios de 2003. Jesús sabía que Tania soñaba con ser comunicadora desde que estaba en el Colegio de La Costa y decidió apoyarla desde el principio, aunque tuviese que trabajar más para pagar cada semestre. Llegó el 2004 y con él todos los sueños comenzaron a transformarse en pesadilla.

“La última vez que lo vi fue el 8 de febrero de 2004. Era un domingo y recuerdo que ese lunes tenía clase de prensa a las 6:30 de la mañana. Sabía que mi papá se iba muy

temprano, a las 4, con su compañero, el señor Alejandro”, recuerda Tania. Va haciendo pausas para llenarse de valor y narrar aquel día.

Ya Tania lo dijo: ese día fue a clases, regresó temprano, salió con su mamá, su papá llamó a decir que iba por Riohacha, estaba mal del estómago, Elsa esperó que él volviera a llamar, pero el teléfono no sonó. Lo que sí se activó fue la histeria de Elsa, y Tania no lo entendía muy bien, pero no podía haber nada bueno detrás de ese silencio. Al final lo asimiló: era grave o gravísimo, como ella misma cuenta. “Nosotros no hablábamos mucho con la esposa del señor Alejandro, pero sí supimos que él tampoco se había comunicado. Ahí me empecé a preocupar, no sabíamos nada de ninguno de los dos y era algo gravísimo”.

Elsa denunció la desaparición pero no llegó hasta las últimas consecuencias por miedo. Al fin y al cabo ni siquiera sabían quién o quiénes habían ¿secuestrado o asesinado? a Jesús. Ya no había productos para vender, ni dinero, ni comida y llegaron las deudas. Los Socarrás Mercado tuvieron que mudarse de casa y Elsa comenzó a vender deditos (pasabocas) para conseguir algo de dinero. “Mi papá tenía muchos amigos y personas que lo querían mucho por favores que alguna vez él hizo y le mandaban dinero a mi mamá, pero ya al pasar los años las personas se cansaron y ya no tenían para dar”, relata.

Mientras esperaban noticias de Jesús, Elsa y sus hijos no pasaron hambre, pero comían cualquier cosa. Y si no había dinero para comer, mucho menos para estudiar. Aunque en los tres semestres que hasta entonces había cursado, Tania se había destacado por obtener calificaciones altas, el cuarto semestre sobrevenía con un rótulo de “imposible de cursar por falta de recursos”. Si quería seguir con su sueño de periodista, debía buscar **cuatro** millones de pesos, y sin comida en la casa sonaba a tarea titánica, sin embargo, lo intentó: acudió al Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios

Técnicos en el Exterior (Icetex), pero solo consiguió que le prestaran el 50 por ciento del dinero. En ese entonces, el Banco Mundial le otorgaba un 25 por ciento más por ser estrato 2, así que solo debía reunir el 25 por ciento de la matrícula, es decir un millón de pesos. No pudo y aplazó el semestre.

“Fue lo más trágico para mí, sentía que no iba para ningún lado. No teníamos ni salud ni nada, mi mamá lloraba mucho, ella casi se vuelve loca. A veces, del desespero, decía que veía cosas que en la casa se movían... Mi hermana en esa época tenía 15 años y entró en una rebeldía, peleábamos mucho y no nos entendíamos. La crisis económica estaba en su clímax, empezamos a deber los servicios públicos, no teníamos cómo comprar la comida. Mi hermano no se sentía bien y se fue de la casa”.

¿Acaso la vida podía la vida ser peor?

### **6.2.2 Comienza a amanecer**

-Un día yo estaba muy aburrida y me monté en un bus a dar vueltas porque no tenía nada que hacer. Cogí el bus que yo cogía para la universidad, y seguí de largo y me di la vuelta por UVA Playa y, cuando el bus volvió a pasar por la universidad, yo sentí un impulso y me bajé, entré y la recorrí como si yo estudiara ahí. Me quedé afuera del programa de Comunicación Social y Elisa Correa, la asistente del departamento, salió y me dijo:

-Ay, ven acá, ¿me puedes ayudar con algo? ¿Estás libre?

Le respondí que sí y le ayudé a sacar unas cuentas. Me preguntó si tenía clases y me dijo que el día que quisiera fuera a ayudarle. Seguí yendo, un día me preguntó por qué siempre tenía tiempo libre y le conté lo que me estaba pasando, entonces ella me dijo: “haz unas prácticas aquí, aunque no te puedo pagar”, pero de su bolsillo me daba a veces y me invitaba a almorzar, o yo me llevaba cualquier cosa de la casa. Ella fue mi

primer ángel. Otro día me encontré a otro ángel, que se llama Carolina Villamizar. Estaba afuera del programa y me pidió que le comprara algo, y me dijo: “Compras para ti también”, fue lo mejor porque yo no tenía nada que comer y era hora de almuerzo. Me preguntó por qué estaba libre y le dije que no estaba estudiando este semestre. Prometió ayudarme y lo hizo, me recomendó en la oficina del Vicerrector para que ayudara a sistematizar documentos y me iban a pagar el mínimo, ¡eso fue lo máximo! Trabajé cuatro meses con la asistente del Vicerrector. Veía las hojas de vida de los profesores y sentí que también podía hacer grandes cosas, me lo propuse. Conocí al tercer ángel Denis Lagares, la asistente de comunicaciones externas de UniNorte, ella me dio la grandiosa idea: “le vas a escribir al rector, porque tú vales la pena. Escríbele y dile que te ayude a estudiar, cuéntale lo que te está pasando”. Escribí el correo, lo leí y releí, le conté que mi papá había desaparecido, pero que yo quería estudiar. Que yo no quería plata, sino un trabajo para ganarme mi carrera, o algo. Mi sorpresa es que me respondieron, no el rector, pero sí Paola Alcázar, otro ángel. Era la asistente del rector, me citó a la oficina, me dijo que no me podían dar trabajo, pero sí me iban a becar por un 25 por ciento. Esa fue la cosa más grande. Y mi volante de pago, desde ese día hasta que terminé la universidad fue de 0 pesos, entre el préstamo, la beca de la Universidad y la del Banco Mundial. Yo no lo podía creer. Era difícil el transporte, para sacar las copias, los rollos (fotográficos), pero todo lo conseguí, trabajé mucho, me ayudó mi mamá.

De día, Tania trabajaba en la universidad transcribiendo entrevistas o haciendo encuestas, así colaboró con casi todos los departamentos académicos y administrativos. Fuera del campus, laboraba en protocolo y regresaba a casa para encarar la tragedia: su papá seguía perdido, la nevera estaba vacía, su hermano Ricardo se había ido de la casa y su madre estaba al borde de la locura.

Entre 2004 y 2005, Tania y su mamá acudieron al Estado para denunciar la pérdida de Jesús y para buscar ayuda. En pleno proceso, Elsa comenzó a recibir llamadas de “gente rara”. “Yo no sabía porque mi mamá no me contaba, ella se guardaba las cosas para no preocuparnos –cuenta Tania-. Ella (mamá) recibió una visita de unas personas raras, que le prestaban dinero, le decían que le prestaban lo que ella necesitara, pasaban camionetas oscuras por la casa, mi mamá me dice que de pronto esas personas tenían retenidos a mi papá y a Alejandro, pero nunca supimos más nada, nunca nos llamaron a pedirnos ningún rescate, llamaban y no hablaban”.

La presión empujó a Elsa a detener el proceso legal, prefirió proteger a su familia de retaliaciones. Se mudaron, pero en la antigua casa quedaron unas tías, con el mismo número de teléfono, esperando alguna información sobre Jesús que nunca llegó. Elvira, la hermana de Tania, abandonó su bachillerato y comenzó a trabajar en una compraventa para sostener a la familia. Elsa estuvo a punto de morir dos veces, porque combinó sin querer medicamentos que le subieron la presión y ni siquiera podían llevarla al médico por falta de dinero. Se volvieron a mudar, una amiga le prestó dinero a Elsa para pagar sus deudas, la atracaron ese mismo día. Otra vez se mudaron y resultó que el atracador vivía al frente de esta nueva casa. Al poco tiempo supieron que la mujer de Alejandro sí había continuado con la denuncia, y la repararon, y eso animó a Elsa a intentarlo de nuevo. El proceso no ha concluido, porque a las Socarrás no las han indemnizado y aún no saben qué fue de Jesús.

La incertidumbre se convirtió en una constante. ¿Dónde está? ¿Está vivo? ¿Qué le hicieron? Si está secuestrado, ¿por qué no llaman a pedir plata? Esas y más preguntas se formulaba día y noche Tania. Ella incluso viajó a Maicao buscando pistas de su papá, pero solo encontró un conflicto entre indígenas, guerrilleros de las Farc y paramilitares de las AUC, y rumores. “Escuchaba que los habían confundido, que los habían visto con



gente rara y que se los llevaron en una camioneta. Había muchas versiones pero lo que sí escuchamos siempre es que quienes se los llevaron eran de las Autodefensas del bloque de Jorge 40, hay quienes decían que los habían matado”, recuerda.

En la incertidumbre hay un poco de esperanza, y Tania siguió su vida guardando los dos sentimientos. Terminó la carrera.

### **6.2.3 El peor día**

Luego de tanto esfuerzo, llegó el día del grado. Tania estaba postulada a la Medalla del Mérito Universitario por Comunicación Social y asistió a la ceremonia con su mamá. Prestaron dos vestidos, consiguieron dinero para los taxis y llegaron.

“Siempre guardé la esperanza de que mi papá estuviera el día de mi grado, yo me aferré a que ellos estaban retenidos y en algún momento los iban a soltar. Yo decía que mi papá iba a estar ahí para ese momento, él siempre quiso una hija comunicadora, pero no.

“Solo pudimos ir mi mamá y yo a la ceremonia sin mi hermana, porque conseguimos unos vestidos prestados. Yo veía a la gente que llegaba en carros divinos, a algunos compañeros les regalaron viajes a Europa, y mi mamá y yo no teníamos dinero para tomar un taxi para llegar, fue un día bastante duro, el más horrible”.

Dos años después de la ceremonia, Tania seguía esperando que su papá regresara un buen día, pero decidió pensar: ¿Y si no vuelve jamás?

“Yo seguía con la esperanza, trabajaba pero sentía que eso no me dejaba arrancar y yo misma me di cuenta de que no podía seguir esperándolo. Estaba enferma, me enflaquecí, le pedí a Dios que si estaba vivo lo guardara y dejé de esperar. Todas las cosas dejaron de parecerme fabulosas y conocía mucha gente en la calle, en los parques, en conciertos, en cine y conocer otra gente con historias diferentes y vi que yo no era la única que estaba viviendo una tragedia”.

### **6.2.4 El viaje a El Carmen**

Ir al V Festival Audiovisual de los Montes de María sonaba a paseo para Tania. El viaje era emocionante porque sabía que iba a encontrarse con cine, mucho cine, y a despejar su mente del trabajo. No sospechaba que tenía que ver con víctimas, ni que cada proyección le mostraría cómo se transformó nuestra guerra en más de medio siglo. Vio historias de asesinatos, de masacres y de desapariciones, justamente. Estuvo en una ronda con víctimas y escuchar cada relato fue como si le apretaran el corazón, y le llevó a ver lo que siempre había querido ignorar: ella misma es víctima de la guerra.

“Lo que más duro me dio fue cuando estábamos en la ronda y las personas contaban sus historias, ahí fue cuando me reconocí como víctima del conflicto”.

Tania se quedó un día más en el pueblo y volvió a Barranquilla pensando que debe sanar. “Cuando volví de allá me fui a una iglesia donde nadie me conociera para no tener que contarle a nadie lo que me pasaba. Me cuestioné todo y me di cuenta de que no había sanado por completo, estoy en el proceso.

“No tengo rencor ni resentimiento con las personas que hicieron todo esto, porque no los conozco, de pronto en el fondo no los he perdonado, pero sé que me importa más lo que hicieron que quién lo hizo”.

### **6.2.5 Elsa**

#### *El dolor sigue ahí*

La mamá de Tania es bajita, morena, de cabello castaño, entre liso y ondulado. De ojos color café oscuro, de voz pausada y suave. Tiene la sonrisa amplia y me recibió con los brazos abiertos, una tasa de chocolate y unos pancakes con queso para desayunar.

Hablaba pausado. Se sentó conmigo en la mesa y comenzamos a charlar, es tan amable que no podía dejarme comiendo sola. Hablábamos de Tania, de lo orgullosa que se sentía de ella. De cuando vivían allá, en Corozal, y decidieron mudarse a Barranquilla

para que sus hijas tuvieran mejores oportunidades académicas y laborales. Charlamos de la inmortalidad del cangrejo, de los noticieros, de aguacates y piñas, de las telenovelas y quién sabe de cuántas cosas más, porque no quise sacar la grabadora. Sé –me dijo Tania-, que todavía le duele hablar de Jesús y de su desaparición. De repente, nos vemos conversando de la guerra. Que la guerra nos toca a todos de alguna forma y que sí, todas las guerras son crudas, pero la nuestra parece más cruda: era increíble que lleváramos más de cincuenta años matándonos entre hermanos, muchos inocentes. Y ahí comencé a contarle de aquel 9 de abril en que mataron a mi abuelo Joaquín. Le dije que él era campesino allá, en San Juan Nepomuceno, que una tarde llegaron dos paramilitares y le dieron tres tiros. Que lo mataron frente a la abuela María Teresa y que el crimen había devastado a la familia, porque, además, todos los que para ese entonces vivían en San Juan fueron amenazados de muerte. Que la abuela María Teresa malvendió todo para huir, pero que lo importante no era la plata, no. Lo importante es que ese era el esfuerzo de toda la vida de ella y del abuelo, porque bastante que trabajaron. Elsa me contó que a ella también le había tocado la violencia, y de qué forma. La voz se le fue entrecortando. Que Jesús un día salió a trabajar y no regresó más nunca, y lo peor es que ella ni siquiera sabe qué le pasó. ¿Lo secuestraron? ¿Lo mataron? Han pasado más de diez años y nadie le da esa respuesta. Y yo pienso que la desaparición es una de las formas más crueles de la violencia, porque si nunca aparece el ser querido, ¿cómo se va a cerrar el ciclo? ¿Cómo vas tú a hacer el duelo de tu familiar desaparecido si en el fondo siempre guardas la esperanza de que esté vivo? ¿Cómo matas esa esperanza, si no has visto el cadáver? Que el Estado es “inoperante”, porque ni le responde dónde está Jesús, ni las ha reparado económicamente (a ella y a sus hijas Tania y Elvira). Escuchaba su relato y miraba sus ojos, y le pregunté si había superado la desaparición de su esposo. Me dijo que no, que eso es algo complicado de superar, porque siempre

tienes la esperanza de que él regrese. “Todos siempre tenemos la esperanza”, dijo y se le aguaron los ojos, quiso llorar, pero se repuso rápido y no alcanzó a salir ninguna lágrima.

### **6.3 El desarraigo de los Jiménez Blanco**

La amenaza de un rapto obligó a los Jiménez Blanco a abandonar su pueblo, Ovejas, de un día para otro. Esta es la historia del desplazamiento de Aníbal Gabriel Jiménez Blanco, sus papás y sus tres hermanos.

### **6.3.1 Georgina**

#### *Desplazados por el miedo*

Algunas tardes, el cantar de los gallos era interrumpido por alguna ráfaga de disparos, que a lo lejos anunciaba un nuevo combate entre el Ejército Nacional y las Farc, casi siempre. Era el año 1999 en Ovejas, Sucre, y el significado de la palabra tranquilidad parecía desdibujarse en el pueblo. Los días transcurrían en medio de tensiones: los combates, los atentados, las amenazas de paramilitares de las AUC. El panorama se oscurecía por culpa del miedo. Los días de los Jiménez Blanco, en el barrio El Bolsillo, transcurrían entre una aparente calma, aparente, porque el temor siempre estaba ahí, en el fondo. Bertulio, el jefe del hogar, se ganaba la vida como maestro de obra; su mujer, Georgina, se quedaba en la casa atendiendo a los muchachos: Erick trabajaba, Aníbal estudiaba en Barranquilla, mientras Deisy y Nilson estudiaban en el colegio del pueblo. La calma comenzó a desaparecer una tarde de agosto... Eran las seis, y Deisy venía caminando del colegio a la casa, como siempre, y vio acercarse a una camioneta de color blanco, al principio no pensó nada malo, era una camioneta común y corriente hasta que su conductor bajó la velocidad, se fue orillando para seguir los pasos de la adolescente. El vehículo se detuvo, los vidrios se bajaron y ella sintió un miedo profundo y oscuro, tanto como los pasamontañas de los ocupantes de la camioneta. Uno de los sujetos le dijo algo aterrador: “te vamos a llevar, vinimos a buscarte y a la próxima te llevamos”.

#### **-¿Por qué se fueron de Ovejas, doña Georgina?**

-La hija, hubo como alguien que se le acercó, quería llevársela, por eso fue que salimos del pueblo. Deisy tenía unos 13 años, todavía era una niña. Tres veces se le acercaron en la camioneta. Eso era cuando se dirigía del colegio a la casa, como a las 5 o 6 de la tarde. La abordaba una camioneta. Perdió hasta un mes de clases, no quería regresar al

colegio porque le daba miedo, el hermano mayor siempre salía a buscarla, la esperaba a la salida.

¿Recuerda la primera vez que pasó?

-Sí –respira profundo-. Ella dice que venía del colegio y ella vio la camioneta que se orilló, se le acercó. Le bajaron los vidrios, los señores tenían pasamontañas y le dijeron que estaban buscándola, que a la próxima se la iban a llevar y le mostraron armas. Así como pasaron se fueron y ella se quedó paralizada, una compañera que iba más adelante, miró que se quedó y se regresó a preguntar qué le pasaba, ella le contó. Ese carro que va allá, esto y esto... y regresó a la casa muy deprimida, llorando, y enseguida nos contó.

-¿Alcanzaron a llevarse a amigas de ella?

-Amigas de ella no, pero sí se vieron casos de muchachas del pueblo a las que sí se llevaron, unas desaparecieron, no tuvieron más noticias de ellas.

-¿Eran los paramilitares o la guerrilla?

-Nunca supimos en realidad, porque las camionetas no estaban marcadas. Nosotros la orientamos, que mirara la placa y todo, pero a la segunda vez dice que el carro nunca tuvo placa, no sabemos qué grupo pudo ser, si fue la guerrilla o los paramilitares... alguien dijo: “no, eso no puede ser la guerrilla, eso deben ser los paramilitares porque la guerrilla como que no hace eso así”, pero nunca tuvimos claro qué grupo fue.

Fuesen los paramilitares o la guerrilla, fuese con fines sexuales o militares, nadie en el mundo podía asegurarles que no se iban a llevar a la niña. Tres veces pasó que Deysis iba caminando a la casa y la abordaba la camioneta. “La primera vez, se pasó como un mes, al mes se le acercaron –interviene Georgina-. El tercero fue como para final de año, ahí fue donde decidimos salir del pueblo. Eso fue en 1999 y en 2000 decidimos salir, porque me llamaron del colegio. Me mandaron a llamar porque mi hija no iba al

colegio, yo fui a hablar con los profesores. Les di la información de por qué la niña había perdido clases, y ellos me aconsejaron que nos fuéramos, que era mejor mandarla para una ciudad o irse con ella. Preferimos irnos”.

Georgina, su esposo Bertulio José y los hijos de ambos: Erick José, Aníbal Gabriel, Deysis Dayana y Nilson Yesith, salieron desplazados para Barranquilla en la alborada de enero del 2000. Alquilaron la casa de Ovejas, dejaron sus enseres donde los suegros de Georgina y viajaron con la mera ropa. “Nos fuimos para donde una tía de mi esposo, ahí empecé a trabajar en casa de familia”, explica la madre.

“¿Cómo cambiaron nuestras vidas? Pues, salir de donde uno está organizado para venirse a la ciudad, imagínese, cómo puede ser. Estaba trabajando yo, una vivía con una tía y el otro con un tío, y así, todos repartidos. A ellos (hijos) les tocó empezar a trabajar.

“Eso de tener que repartirnos porque no íbamos a conseguir una casa para ubicarnos todos, juntos, como siempre habíamos vivido en Ovejas, fue difícil, me costó bastante”, me cuenta.

Georgina extrañaba el café de las mañanas, las comidas en familia, los buenos días de Aníbal, las ocurrencias de Deysis, las tardes en el pueblo, los vecinos y hasta las gallinas, pero sabía que no podía regresar a Ovejas mientras existiera algún riesgo para su hija. Se propuso ser fuerte y trabajar duro para sacar adelante a la familia, que seguía siendo tan unida como siempre, a pesar de residir en casas separadas.

Erick José, el mayor, se mudó a Santa Marta en 2001, persiguiendo mejores oportunidades laborales y cuando consiguió dónde vivir y cómo sobrevivir, le dijo a Georgina que se mudara con él. Ella también se estableció en la capital del Magdalena, junto a Nelson y Daysis. Los días transcurrían en una aparente calma, dice la madre, hasta que la muerte decidió tocar a la puerta de los Jiménez Blanco.



*La incertidumbre comenzó con doce balazos*

Era 12 de diciembre de 2006. Siete y media de la mañana. Barrio Cantilito de Santa Marta. Erick salió de la casa en su Renault 4 verde. Llevaba a su papá Bertulio, que era albañil, a la obra donde él trabajaba y decidió quedarse un rato ayudándolo a mezclar, de un momento a otro salió, a los pocos minutos su papá sintió una bulla y fue a ver. Era Erick. Se montó en el carro y dos extraños que iban en una moto lo abordaron. Comenzaron a discutir, él aceleró, ellos lo persiguieron. Él les tiró el carro encima, ellos cayeron. Él se bajó a enfrentarlos, ellos le dieron doce balazos. Erick tomó un taxi, pidió que lo llevaran a la Clínica General del Caribe, que queda a unos doce minutos del barrio donde lo balearon. Llegó. Se bajó. Entró al centro asistencial caminando. Pidió ayuda. Lo ingresaron a quirófano. Murió a las diez y media de la mañana.

**-¿Usted cree que su muerte tiene alguna relación con el desplazamiento de Ovejas?**

-No, no creo que tenga nada que ver, pero, ¿sabe, señorita?, si no hubiéramos salido de Ovejas quizá no le hubiera pasado eso, no hubiera perdido a mi hijo por acá... tantas preguntas que me hago, entre todo, pues, lo de la hija, pero... Una vez que se le acercaron a mi hija, le dijeron que si no se la llevaban a ella se iban a llevar a un hermano suyo que estaba en Barranquilla, y Erick pasaba mucho en Barranquilla, pero igual allá estaba Aníbal... nunca le dijeron cuál de los dos hermanos.

Georgina ha dicho una sola y contundente vez que lo más difícil de su vida, incluso del desplazamiento forzado, ha sido perder a su hijo mayor de forma tan repentina. Lo mataron a balazos, y ella no pudo hacer nada para evitarlo. Han pasado casi once años y todavía no tiene certeza de por qué lo mataron. La gente inventó que porque atracaba, que porque extorsionaba, también dijeron que como era comerciante, a él era a quien estaban extorsionando, no hay una versión oficial o, si la hay, ni Georgina, ni ninguno de los Jiménez se atrevió a averiguarla. ¿Cómo, si antes de que acabara el velorio de

Erick mataron a otro muchacho en el mismo barrio y, como su madre se atrevió a cuestionar, los mismos asesinos exhumaron su cadáver y le metieron una granada? No señor, ella le servía más viva que muerta a sus otros hijos y a los cuatro nietos que dejó Erick.

Ella no podía evitar escuchar cada versión nueva que salía del crimen, pero se dijo tanto que Georgina decidió no creer en ninguna e intentar perdonar y, una vez más, echar para adelante. Siguió viviendo en Santa Marta con Deysis y Nilson, este último comenzó a deprimirse y a buscar en el alcohol el consuelo que necesitaba para superar la muerte de Erick. Quería vengarse e intentó ingresar a la Policía. Ahora es vigilante y vive en Sincelejo. Ha ido asumiendo poco a poco el duelo.

Otro que sufrió en cuerpo y alma la muerte de Erick fue Bertulio. Eran más que padre e hijo, eran cómplices de travesuras y de borracheras, amigos, llaverías. De hecho, Bertulio ya había retornado a Ovejas cuando mataron a Erick, decidió volver en 2001, cuando vio que la seguridad se había estabilizado de cierta forma porque ya no mataban tanto y cuando decidió asumir como filosofía de vida aquello de “el que nada debe, nada teme”, lo que pasa es que iba de vez en cuando a Santa Marta a ver a su familia y a trabajar.

Bertulio también murió. Fue en un accidente de tránsito en Ovejas, en 2009. Había tomado, estaba ebrio y, como de costumbre manejaba su moto 80 por la Troncal de Occidente cuando un camión cargado de ahuyamas invadió el carril y lo embistió. Falleció instantáneamente. Ni siquiera ese otro adiós borró las ganas de Georgina de volver a su pueblo.

**-¿Usted regresaría a Ovejas?**

- Yo quiero regresar, mis hijos no, pero yo sí. Deysis, por ejemplo, nunca volvió, pero yo le pido a mi Dios, que me ayude, porque yo quiero regresar. Salí de allá por esa dificultad, pero yo acá perdí a mi hijo... acá no me siento bien. Uno nunca queda igual.

### **6.3.2 Aníbal**

#### *La frágil niñez*

Aníbal siempre fue excelente en matemáticas, pero a Erick, su hermano mayor, le costaba tanto, que a veces tenía que “soplarle”. Erick era “arreatado”, no se la dejaba montar de nadie y siempre estaba listo para pelear. Era mucho más intenso y se la pasaba protegiendo a Aníbal, que era muy frágil, como una tacita de cristal.

Aníbal nació el primero de febrero de 1978 con un problema digestivo grave: una obstrucción intestinal. Hasta los siete años, pasaba de médico en médico, vivió entre Ovejas y Cartagena, entre el Hospital Infantil Napoleón Franco Pareja y la casa, por eso no podía jugar a casi nada, no podía brincar ni sofocarse, una pequeña caída podía ser mortal, y entonces Erick se convirtió en su guardián. “Mami, allá está Aníbal jugando fútbol”, llegaba diciendo a la casa, y era un regaño seguro.

Aníbal crecería entre el olor al tabaco que abundaba en Ovejas y el temor por la violencia. Al principio, los Jiménez Blanco vivían arrendados, pero, cuando Aníbal cumplió los seis años, Bertulio construyó su casa propia. Mientras el papá era albañil, la mamá era tabacalera. Y precisamente al oficio de su madre están ligados algunos de los recuerdos más nítidos de su infancia. Aníbal cuenta, por ejemplo, que recuerda que la violencia siempre encontró la forma de meterse en Ovejas, por diferentes motivos. Una vez, las tabacaleras protestaron cerrando la Troncal de Occidente porque todo el tabaco producido en Ovejas se lo estaban llevando a El Carmen de Bolívar, entonces quedaban sin trabajo. La tensión llegó a tal punto, que la fuerza pública terminó enfrentándose a

los manifestantes y Aníbal escuchaba a lo lejos los gritos, sabiendo que su mamá estaba allí, entonces conoció la angustia. También recuerda que mataron a gente del pueblo.

Pero lo que más recuerda de su infancia son los médicos: lo operaron tres o cuatro veces en dos años. Cuando logró estabilizar su salud, su papá le enseñó el oficio de la albañilería.

Mientras estudió en la Escuela Antonio Nariño y en la Gabriel Taboada Santo Domingo, participó en todos los actos culturales que pudo (a veces bailaba o hacía fonomímicas) y soñaba con estudiar Biología.

Erick era malo para las matemáticas, ya lo habíamos dicho, se retiró en sexto del colegio y decidió ponerse a trabajar de comerciante. Aníbal, en cambio, seguía empeñado en cursar la ciencia de la vida y sus papás lo apoyaron. Apenas terminó el bachillerato se mudó a Barranquilla y entró a la universidad a cumplir su sueño. Él tenía 17 años y era 1995. El joven regresaba siempre que podía a su tierra: en Semana Santa, a mitad de año, para el Festival de Gaitas, en Navidad y Fin de Año, pero las cosas cambiaron al año siguiente.

**¿Por qué dejaste de ir a Ovejas? –pregunto–.**

-Por miedo –responde Aníbal. Hubo un año, que es como 98 o 99, que mi mamá me advirtió: “no vengas”, sobre todo porque yo tenía una costumbre bien rara de viajar en el último bus que salía de Barranquilla y llegaba allá (a Ovejas) a las 12 de la noche, pero esa gracia no la podía hacer. “Mejor no vengas más, quédate”, me advertía ella.

Mientras Aníbal estudiaba en Barranquilla, su familia comenzaba a sentirse tocada por la guerra, y llegó el desplazamiento. Aníbal tuvo que dejar de estudiar y ponerse a trabajar, porque su familia se fue para la capital del Atlántico a tratar de sobrevivir.

Todos se repartieron en casas de familiares o allegados, porque era imposible pensar en alquilar una casa para vivir juntos.

“Hay cosas que se dieron por hechas y no se conversaron en la familia, el mismo desplazamiento, y te lo digo porque desconozco los detalles de cuando mis papás y hermanos salieron de Ovejas. Sé que fue por un caso, que es el de mi hermana, que la molestaba una camioneta blanca que frecuentaba al pueblo, y no solo a mi hermana, a muchas niñas del pueblo las atormentaba esa camioneta, a muchas las montaron y las violaron ahí. A mi hermana no la violaron, pero sí vivió situaciones difíciles y ella ha sido la razón para no hablar del tema, a ella le tocó salir corriendo como dos veces. También se desplazaron por mi hermano mayor, porque había un pela'o que era paramilitar en el pueblo y tuvo problemas con ese *man*. Erick tuvo como una relación amorosa con una hermana de él y eso terminó en una pelea entre los dos, y el paramilitar dijo que lo iba a matar, entonces se puso a beber al frente de la casa de mi abuela y duró dos días pasando por ahí, como que se emborrachó tanto que no notó que ya mi familia se había ido. En la familia no se hablaba de ninguno de los dos temas, no por ocultar, sino por no recordar”.

Cada uno de los Jiménez asumió su nueva vida de forma diferente:

“A mi papá casi que no le importó. Su trabajo era la albañilería y sentía que en Barranquilla, que era una ciudad más grande, podía tener más opciones de trabajo en su área, pero decidió regresar a Ovejas. No creo que haya sido indiferente a la guerra, pero sí fue indiferente a la situación, o sea, como que el que no la debe no la teme, tomó esa posición, yo no tengo por qué temer, yo regreso, y regresó en 2002, cuando él creyó que comenzaba a haber un control, algunas medidas de seguridad.

“La posición de mi mamá sí fue distinta, porque antes de preferir el trabajo y las condiciones que la favorecían, ella pensó fue en la familia. Habíamos dos mayores, mi hermano Erick y yo, que éramos mayores de edad, pero mis hermanos menores todavía

estaban en el colegio. Mi hermano mayor asumió los estudios de ellos y mi mamá asumió todo el peso del núcleo familiar, porque mi papá se regresó.

“Ninguno de mis hermanos tuvo la intención de volver. Erick decía: ‘allá hay problema’, y no veía ni opciones de vida, ni de trabajo y él sí prefirió mudarse a Santa Marta. Sentí que más que acercarse al pueblo, ellos estaban huyendo más y más.

Incluso, la idea de Erick era mudarse de Santa Marta para otra ciudad, estaba contemplando opciones de arrendar en Bogotá”.

“La parte emocional siempre ha estado centrada en mi mamá. Ella siempre tuvo la iniciativa de buscar el lugar de encuentro, ‘vamos a vivir todos aquí’, ‘hagamos lo posible por estar juntos’ o ‘reunámonos todos en diciembre’, quería al menos comenzar a marcar épocas donde nos pudiéramos ver para compartir momentos agradables”.

Tras el asesinato de Erick, y como hechos aislados, ocurrieron crímenes en Ovejas, masacres, desmembramientos. Los Jiménez se enteraban por algún familiar o lo veían en televisión, y todas esas noticias los conmovían aún más, y alejaban a Georgina de su sueño de retornar. “Todo eso nos limitó, nos alejó más, sentíamos que había que huir y la prueba está en que mi familia fue hasta Santa Marta... rezábamos para que a ninguno de la familia le tocara regresar al pueblo. Cada vez veíamos más lejos la posibilidad de al menos visitar o darle la vuelta a la casa. En el 2008 decidimos vender la casa. La gente nos decía que por qué no vendíamos la casa, y lo hicimos porque es como si el destino nos lo pidiera: ‘tienen que vender la casa para que se vayan bien lejos y se salven’. Deshacernos de ella era saber que ya no íbamos a volver, y nadie más ha vuelto”.

Georgina sigue en Santa Martha, junto a Deysis. Nilson se mudó a Sincelejo, allá trabaja y vive con su mujer y dos hijos, y Aníbal es el único que siente haber regresado

a Ovejas, pero solo a través de la cultura. Cuando logró estabilizarse, estudió Historia y se involucró en estudios culturales, se metió de lleno en el Festival de Gaitas.

“Sé que somos víctimas y quedamos vulnerables, pero queremos dejar de ser víctimas porque necesitamos reconfigurar nuestro núcleo familiar. Quiero darle una estabilidad familiar a mi mamá, que todavía está llena de vida y de mucha salud y lograr en la familia un lugar de encuentro, donde se nos puedan dar garantías del Gobierno, ya sea por una vivienda en Barranquilla o en Sincelejo. Y ahorita pienso iniciar también la solicitud de retorno, quiero volver ya no desde lo cultural, sino desde lo institucional, para ver cómo retorna una víctima a su casa”, concluye.

#### *Aníbal en El Carmen*

La experiencia con el V Festival Audiovisual de los Montes de María también tocó a Aníbal. Lo tocó para darse cuenta de que alrededor de él había muchas víctimas que asumieron su rol, pero que decidieron volver a su tierra y contar los horrores por los que pasaron. Ir a El Carmen de Bolívar significó para él no sólo verse como una especie de víctima “atípica”, “no he sido nunca de los que hace la fila para solicitar un subsidio, o de los que haya pasado hambre, pero sí soy víctima” –aclara-, que puede quitarse ese rótulo volviendo a su pueblo. Y sirvió para darse cuenta de que cuando su mamá y él decidieron poner el perdón por encima de la verdad, en cuanto al homicidio de Erick, estaban dando un paso hacia la paz de la familia.

## **6.4 Todos somos víctimas**

IV. Lina María Vega Estarita sí escuchaba a sus padres, Elizabeth y Javier, hablar sobre el drama de la Comuna 13 de Medellín, pero ella nunca se pensó como víctima de la violencia que habitaba allí. Javier sí supo que era víctima desde que empezó a trabajar en La Escombrera, porque los paramilitares lo hostigaron tanto que hoy no quiere volver a pisar esas tierras.

### **6.4.1 Javier**

El hombre que está frente a mí se llama Javier Vega Botero, el paisa es ingeniero civil y fue gerente de La Escombrera.

La primera vez que escuché La Escombrera pensé que era simplemente eso, un lugar para echar los escombros, pero cuando empecé a oír hablar a Javier, y a mirar cómo se le erizaba la piel cuando contaba lo que pasó ahí, supe que es mucho más que un terreno de miles de hectáreas: es quizá la fosa común más grande del mundo. En agosto de 2015, comenzaron a excavar 15 hectáreas del vertedero con el objetivo de buscar cerca de 300 de habitantes de la Comuna 13 de San Javier (Medellín) que desaparecieron en los años 2000. Parece que allí está enterrada toda la verdad sobre los peores años de la capital de Antioquia.

Trabajé ahí a principios de los años 2000, y solo pensar en volver me revuelve los nervios, me acelera el corazón. No quiero regresar jamás a ese lugar –me dice Javier-.  
-¿Por qué? –pregunto-.

-Te voy a responder con una escena real. Era un lunes de mayo, después de un Día de las Madres y esa madrugada apareció una mujer muerta en la entrada de mi oficina, que quedaba allá mismo, en el cerro, en la parte alta de la Comuna 13 San Javier. Ella estaba embarazada y que encima de su cadáver dejaron una tabla con un mensaje: “Por sapa”.



Se hicieron las ocho, las nueve y las diez de la mañana, y ninguna autoridad había levantado el cuerpo, nadie se atrevía a subir hasta allá, y eso que ya para esos días habían puesto una tanqueta de la Policía o el Ejército, más o menos un kilómetro abajo del lugar donde quedaba mi oficina.

Pero esa pesadilla había empezado como un sueño próspero. A principios del año 2000, la Alcaldía de Medellín se propuso meterle el hombro a uno de los proyectos más ambiciosos de Medellín: La Escombrera. En el nuevo cargo, su reto era cambiar este panorama: en la “Ciudad de la Eterna Primavera” no había un lugar donde los paisas pudieran arrojar los residuos sólidos, lo que sí existían por montones eran botaderos satélites y, por supuesto, ilegales. El terreno ideal para construir la tan necesitada escombrera, era un lote de cientos hectáreas en San Javier. Allí había funcionado por más de cuarenta años una cantera, pero se acordó crear una empresa de economía mixta, donde el Estado invirtiera recursos y la empresa privada (Constructora El Cóndor), pusiera el lote. Así nació Essa LTDA, que significa Escombros Sólidos Adecuados y a la que también se le llamó La Escombrera.

A Javier le gustaban los retos, así que aceptó éste y empezó la tarea armando un equipo, pequeño, pero sólido. Contrató una trabajadora social, una secretaria, una contadora y un mensajero, y construyó una pequeña y acogedora oficina con muebles nuevos y acuarelas, muchas acuarelas. El sueño iba tomando forma paso a paso, mientras el ingeniero recorría las comunidades aledañas a La Escombrera. Cada día, notaba que había situaciones raras: “En el barrio andaban unos 'muchachos' de los Cuerpos Armados del Pueblo (CAP), eran milicianos y andaban armados con changos, ellos no se metían con uno”.

Casi todas las mañanas, esos “muchachos” salían de sus casas a enfrentarse con “los de arriba”, así llamaban a los miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia que

operaban en la parte más alta de la Comuna 13 y que pretendían recuperar el control de todos sus sectores. Los “muchachos” comenzaron a dejar de parecer inofensivos, muy a pesar de que en algunas empresas les pagaran seguridad social a cambio de que ellos se encargaran de la seguridad de las compañías. Todo era demasiado sombrío, pero Javier todavía no se atrevía a abandonar el sueño.

Pasaron algunos meses, y llegó el 11 de septiembre de 2001, el día que terroristas derribaron las Torres Gemelas en Nueva York y atacaron varios sitios emblemáticos de Estados Unidos, como El Pentágono (Washington). Los “muchachos” celebraron la muerte de miles de norteamericanos haciendo disparos al aire. Ya Javier veía que “la cosa se estaba poniendo maluca”, pero los milicianos parecían no tener motivos para siquiera pensar en atacarlo, así que no pasó por su cabeza en renunciar a La Escombrera. “Entre los vigilantes, había uno que siempre se sentaba a echar cuentos, decía que subían los 'muchachos' y se echaban plomo, como de convivencia, como de retiro, y llegaban por la tarde enteritos. Incluso hubo una primera incursión a la Comuna 13 que ordenó el Alcalde Luis Pérez para retomar el control de la zona, pero a sus hombres los devolvieron tiros, no fueron capaces de restablecer el orden, todo eso pasó antes de la Operación Orión (que fue el 16 y 17 de octubre de 2002)”, recuerda Javier.

Cierto día, un compañero de Javier le dijo que los “muchachos” lo habían estado buscando. “Jiménez (el compañero) me dice: 'Oye, que tenemos reunión esta tarde', le pregunté con quién y me respondió: 'Con los muchachos, ellos te quieren conocer'. “No, no, díales que si quieren conocerme que vayan a mi oficina', respondí”.

Los episodios de horror se iban repitiendo cada cierto tiempo, a veces, en una semana asesinaban a varias personas. Al llegar a trabajar, cualquiera de los compañeros le contaba a Javier noticias como: “Mataron al señor que se hacía al lado de la tanqueta (del Ejército o la Policía), dizque por sapo” o “le dieron plomo a la señora que venía

arepas porque sapeaba”. “Había asesinatos selectivos porque había gente que llevaba cuentos de este lado a otro lado y viceversa. Los de arriba eran los paramilitares. Venían del Bloque Metro, de Don Berna, que tenía un moreno, le decían El Negro, que era el comandante de esa zona. Para entonces ya se escuchaban mucho más seguido los disparos y ya nos daba miedo salir al patio, porque sentía que de pronto, como era un campo abierto, una bala perdida”, explica.

#### **6.4.2 En la cúspide del horror**

Una vez me pararon los muchachos que estaban en el 20 de Julio –habla Javier-. Hacíamos un comité con gente de la Alcaldía, ellos subían en carros blindados, y una vez lo hicimos a las 5 de la tarde. Error. Allá no se podía ir después de 5 p. m. Todo el mundo se tenía que guardar en las casas. Yo me fui en mi carro, pero dije: “no me voy a meter por el puente, sino por el 20 de Julio”. Estando en el parque, me pararon unos muchachos vestidos de negro, armados con pistolas, en pleno parque y con un radio que tenía una antena larga. Me pusieron la pistola en el vidrio y me dijeron que bajara, a mí se me enfrió todo. Paré el carro, me bajaron, yo andaba con corbata. Uno de ellos comenzó a hablar por el radio: “Hey, cambio, tengo un cilantro, tengo un cilantro”, yo no sabía qué significaba cilantro y me asusté. En esa época hacían secuestros express, cogían a los personajes, estudiantes, profesores, y los echaban a las comunas de arriba, y les pedían uno o dos millones de pesos para liberarlos. ¿Cómo me liberé? Ellos eran de los ‘muchachos’, no eran los de arriba. Dije: “mira, soy el gerente”, y dijo: “tengo un gerente, mucho mejor”... y yo para qué abrí la boca. Dije, “mira, mira, calma, clama. Soy el gerente de La Escombrera, donde hicimos las casitas, le nombré a Olga, la trabajadora social, de la relación con la comunidad, y él se bajó como unos 20 metros a hablar con el otro. Volvió y me dijo: “coge tu carro y vete”, y más abajo estaba el

Ejército, los de boina negra, camuflados, con botas, de esos que son como los antiguerrillas. Iban al parque, se iban a enfrentar. Y había un bus que me truncaba el paso, yo no sabía qué hacer, me dolían los riñones del susto, finalmente me dio paso el bus y llegué tardísimo al comité, que al final cancelamos por todo lo que me pasó. Eso ya estaba dando un indicio que iba a suceder algo. El 26 de junio me llamó Eduardo, era miércoles, me dijo: “Javier, yo creo que va a haber un enfrentamiento en La Cantera, es mejor que organices tus temas”. Yo cogí ese día, saqué mi computador donde tenía la contabilidad, porque ya yo había empezado a generar ingresos, cada volqueta pagara 26 mil pesos y entraban unas 400 al día, comenzó a ser un buen negocio. Ese día, desde las 8 de la mañana a las 4 de la tarde, se enfrentaron en La Cantera, bajaron los paramilitares. Eran más de 200 hombres. Ese día no fui porque sospechaba. No fui y les dije a los trabajadores que no fueran, pero los de la Cantera sí fueron a trabajar y se quedaron encerrados en el baño. Fueron ocho horas en medio del enfrentamiento y se llevaron ocho computadores, en esa época no eran portátiles, sino de mesa. Se llevaron una caja fuerte, una moto. Se tomaron La Cantera. Tú los veías y parecían hombres del Ejército, igualitos: camuflados, con boinas, fusiles. Entonces Eduardo me llamó: “mira, Javier, el comandante quiere conocerte. Es importante que vengas porque tenemos que dar cuenta de lo que está pasando”. Yo dije que no iba a subir solo. Le dije a la contadora, la secretaria, el mensajero y nos fuimos en un bus. Nos bajamos y la puerta estaba custodiada por uno de ellos. Yo había hecho una oficina tan bonita, compré acuarelas y todas las pintaron con un aerosol... “Todos somos del pueblo”, “UP”, “AUC”... me dañaron las acuarelas. Rompieron el piso porque pensaban que yo tenía guardadas las armas ahí de los ‘muchachos’. Como los ‘muchachos’ cuidaban ahí, ellos pensaban que ese era el reguardo de ellos. Había uno chiquitico detrás de mí, le decían Mono Leche, disparaba con su fusil para la montaña. La secretaria y la contadora se

pusieron a llorar, y yo pensaba: “Señor, no vamos a salir de aquí”. Le dije al mensajero: “Sabe qué, vámonos”. Hubo una pausa muy extraña, porque se sentaron a almorzar, nosotros no habíamos almorzado y yo no sé por qué dijo el mensajero: “Ingeniero, vamos a almorzar”, y uno a veces almorzaba abajo, en una de las tiendita... y los cuatro nos fuimos saliendo y por la gracia de Dios nadie nos paró.

#### **6.4.2 Llegó la hora de partir**

Los siguientes fueron meses de incertidumbre, Javier no podía trabajar porque los paramilitares se habían tomado La Escombrera. “Cuando la cosa se calmó, comenzamos a llenar La Cantera. Los seis meses que el lote estuvo en manos de los paramilitares, fue muy oscuro lo que pasó allá. Se habla de la ejecución, de los asesinatos, de enjuiciamientos a las mujeres, a los hijos, a los papás que tenían que ver con ese drama de La Cantera, y los enterraron allá. Eso era mucho más profundo de lo que es hoy, a eso le cabe toda la tierra del mundo. Una vez, el bulldozer desenterró un cadáver y volvieron a cerrar La Escombrera, a los días llegó la Policía, las autoridades preguntaron por qué no habíamos avisado, pero nosotros no sabíamos. La comunidad se enteró, llamaron al CTI e hicieron el levantamiento y después decidí no volver.

Después vino la Operación Orión. El 16 y 17 de octubre de 2002 fueron para muchos los días más terribles de la Comuna 13. Durante operativo militar que se llevó a cabo en esas fechas, miembros de las Fuerzas Militares de Colombia y la Policía Nacional con apoyo de la Fuerza Aérea, el objetivo era acabar con la presencia de grupos de Milicias Urbanas de las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y los Comandos Armados del Pueblo (CAP). La Operación Orión ocurrió bajo la declaratoria de Estado de Excepción por el entonces Presidente de la República, Álvaro Uribe Vélez. En esta operación el

Teniente de la Armada Mario Villegas murió en combate y ha sido ampliamente cuestionada por las víctimas civiles, el número de desaparecidos y ejecuciones extrajudiciales. Todavía están intentando encontrar las víctimas en La Escombrera, sin saberlo, Javier trabajó más de un año en la que sería la fosa común de mayores proporciones en los últimos años en Colombia.

“El impacto emocional es muy fuerte, es sentir un miedo profundo. Ya te dije, yo a ese lugar lo vuelvo a ver, pero en fotos. Cuando uno salía de paseo por la Vía de San Cristóbal, alguna vez devolviéndonos de San José de Antioquia nos metimos por San Javier y yo iba muy temeroso, no quiero volver allá, eso quedó en el pasado. Guardo las fotos porque toda la vida he guardado de mi trabajo. Es un temor muy profundo. No sé si hay tierra allá, si allá funciona la escombrera o no, y no me interesa”.

**-El Javier que está aquí, charlando conmigo, ¿es la misma persona que era antes de trabajar en San Javier?**

No, no soy el mismo. Siento que después de eso me convertí en víctima de la guerra. Lo soy porque toda esta situación afectó mi trabajo y mi vida. Eestuve seis meses in recibir un solo peso. Mi familia y yo somos desplazados, ese era nuestro sustento.

Pero siento que lo peor ha sido el impacto emocional, es muy fuerte. Finalmente uno asume eso que pasó e intenta olvidarlo, pero siempre está ahí. El conflicto ha sido muy distinto en Medellín. Lina diferenciaba una bala del sonido de la pólvora. La gente no se espanta, aprende a vivir en medio de la violencia, pero uno siempre cree que el otro puede tener un arma. La agresividad está en el ambiente. Ciudad bella, pero complicada. Hay un trauma colectivo. Todos los que vivimos allá somos víctimas. ¿Quién le restituye a uno la tranquilidad? Es imposible. No solo son víctimas los que mueren en la guerra. Si atentan contra ti en un lugar que no conoces, te señalan de colaborar con las

AUC o la guerrilla, si destruyen tu trabajo, eres víctima. Y yo soy víctima, no tengo que vivir en un barrio pobre para ser víctima.

### **6.4.3 Elizabeth**

“A uno se le va como el alma cuando piensa en todo lo que vivió en San Javier”, me dice Eliabeth, la mamá de Lina, y luego me cuenta que fue profesora de música en la iglesia del barrio. Mientras su esposo trabajaba con la muerte al lado en La Escombrera, ella se esforzaba por enseñarles guitarra y canto a los niños de la Comuna 13. “Los estudiantes me decían: esta semana, mataron al de la farmacia, al de la carnicería, después de que supuestamente se estaban arreglando las cosas (con la Operación Orión). Es que allá hay mucha gente buena, pero también hay gente que nació en eso y que no quiere salir”.

Elizabeth llegó a la Comuna 13 en el año 2000 y terminó su tarea allí como docente en 2009, cuando decidió irse a vivir a Barranquilla con su esposo Javier y su hija Lina. En esos nueve años, fue testigo de los embates del conflicto colombiano, que no contento con tomarse el campo, permeó también grandes urbes como Medellín.

Al principio también parecía un sueño que su esposo y ella pudiesen trabajar en San Javier, pero todo lo “bonito” fue desapareciendo del panorama cuando Javier llamaba a Elizabeth por teléfono en las tardes y se escuchaban los disparos. Los esposos Vega Estarita se sentían atrapados en medio de una guerra multibandos (porque peleaban el Estado, las AUC, las milicias urbanas de las Farc, la delincuencia común y los “muchachos”), pero tenían que seguir adelante y trabajar para asegurar el futuro de la pequeña Lina.

“En Santa Mónica, el barrio que queda lado de San Javier, secuestraban gente. Había desplazados en la misma ciudad y la cuestión se fue poniendo tan oscura, que

militarizaron la Comuna 13. Empezaron a patrullar los soldados y uno a sentir el temor de los helicópteros, era una zozobra terrible. Sentía que en cualquier momento podía empezar un combate y que una de las balas me iba a matar”, agrega.

Para cuando los paramilitares se tomaron La Escombrera, a finales de julio, y estuvieron a punto de matar a Javier, Elizabeth seguía con su música. Pasó la Operación Orión y ella decidió seguir por sus estudiantes, porque ellos necesitaban esperanza. Necesitaban que el arte los ayudara a salir de ese entorno de balas, muertes y desapariciones.

“Yo seguía, pero no te puedo negar que es terrible sentirse indefenso, sentir que aquí pueden hacer lo que se les dé la gana contigo. Sin meternos en el lado político, uno siente que la Operación Orión es un placebo, uno cree que ya se acabó, pero hay una crisis social verraca”.

A Elizabeth le tocó la militarización. Ella se iba al pie del Metro, llegaba a la Estación San Javier, y era entre comillas más segura. Recuerdo que ahí estaba la panadería, la gente te va conociendo y tú a ellos. Da dolor por la gente que está ahí y le toca permanecer”.

Finalmente Elizabeth solo permanecía allí por algunas horas al día, pero siempre regresaba a casa preguntándose: ¿Cómo dormirán los que viven en la Comuna 13? ¿Cómo puede uno vivir siempre pensando que lo pueden matar ese mismo día, o mañana? O peor: ¿Cómo puede uno dormir si sabe que sus hijos, sus papás, sus hermanos, mejor dicho: todo lo que uno quiere, está en peligro?

Ella, que experimentaba la misma incertidumbre siempre que Javier la llamaba y al fondo se escuchaban los balazos, intentaba no volverse loca y seguir adelante por Lina. Hubo fechas en las que su esposo no había podido salir temprano de La Escombrera y no había cosa más horrible para ella que esa espera. ¿Por qué no llega? ¿Y si no viene



nunca más? ¿Será que lo mataron y por eso no viene? Se preguntaba siempre. Por fortuna, nunca hubo una respuesta positiva a esos interrogantes.

#### **6.4.4 Lina**

##### *La Comuna 13 no era mala*

Cada diciembre, la pequeña Lina asistía a uno de los momentos más especiales de su vida: la fiesta con los niños de la Comuna 13. Sí, durante todo el año, ella asistía a decenas de cumpleaños y reuniones infantiles, pero solo allí podía conocer a otros niños y hacer nuevos amiguitos. Ella era la hija del gerente de La Escombrera, una empresa de economía mixta que se había constituido en la Comuna 13 para almacenar y tratar los residuos sólidos de la capital de Antioquia, y el último mes del año era perfecto para integrar a todos los empleados en torno a una fiesta infantil.

Apenas tenía nueve años y para pasar una buena tarde, solo bastaba con ponerse *blue jeans* y un suéter, una colita en el cabello y zapatos cómodos para jugar y, si se atrevía, bailar. Había dulces, rondas infantiles, sonrisas y Lina, aun siendo tan joven, sabía que mientras ella disfrutaba del significado puro de la felicidad, quizá, en otro lugar de la Comuna 13, estaban matando a alguien o de pronto ese mismo día iban a poner una bomba en Medellín, pero realmente no le importaba tanto porque pensaba -y no sabía por qué-: *esa violencia jamás nos va a tocar, ni a mí ni a mi familia.*

Pero resulta que la guerra siempre estuvo a su lado. Los niños con los que tanto amaba compartir eran hijos de milicianos de la Comuna 13. ¿Milicianos? Así es, miembros de los Cuerpos Armados del Pueblo (CAP), porque habían comenzado a armarse con ‘changos’ (armas artesanales) y revólveres para “garantizar la seguridad de la comunidad”. Esto, desde luego, chocaba con el Estado y con sectores de las

Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que operaban en la Comuna 13 y sus alrededores.

Lina se enteró muchos años después de la pesadilla que su papá, Javier, vivió en la Comuna 13. Cuando supo que en el mismo lugar donde trabajaba su padre habían asesinado a una mujer embarazada y que habían dejado el cadáver en la puerta de la oficina, conoció el significado de la palabra horror. Ella, que desde que tenía 9 años aprendió a distinguir entre el estallido de un ‘volador’ y un disparo, todavía no alcanzaba a dimensionar lo malos que podían llegar a ser los hombres. No lo entendía y no se sentía víctima, porque es que a su papá no lo mataron, y porque ellos nunca vivieron en un barrio pobre, ni llegaron a pasar hambre. No supo que era víctima hasta que llegó a El Carmen de Bolívar y vio que el impacto psicológico y económico también calan en todos los seres humanos que han estado involucrados (voluntaria o involuntariamente) con el Conflicto Interno Armado.

Muchos años después de la Operación Orión, Lina sintió miedo por un segundo y volvió a sentir enseguida tranquilidad. Supo que todo había pasado y que había cambiado sus vidas, pero que sobrevivieron. En El Carmen tuvo la oportunidad de comprender que no solo son víctimas los que mueren por culpa de la violencia, sino todos los que sufrieron las incertidumbres de la guerra.

## Capítulo 7

### Análisis y comentarios

#### 7.1 Efecto inmediato del conflicto

Ser víctimas del conflicto armado significó para Tania, Lina, Aníbal y Melissa, incertidumbre, inestabilidad económica, desarraigo y miedo. En la revisión de la literatura tomamos un ejemplo de Galdámez (2007), quien expone el caso particular de Wilson Gutiérrez Soles vs. Colombia, donde muestra cómo las circunstancias vividas por la víctima afectaron sus lazos familiares, impidiendo su desarrollo personal y vocacional e impulsándolo a emigrar al extranjero en condiciones poco favorables. Si bien en las historias de vida de este trabajo no hubo un caso similar al expuesto por este autor, Bello (2014) precisa que las personas que han visto lesionados su dignidad y sus derechos fundamentales, también son víctimas. Pero fue estar lejos de los espacios más evidentes de violencia lo que contribuyó a que los cuatro protagonistas de los relatos no asociaran sus historias con las de otros que sí vivieron esos espacios de guerra.

Dos de los protagonistas (Tania y Aníbal), que según las formas violencia en Colombia fueron víctimas respectivamente de desaparición forzada en la familia y desplazamiento, enfrentaron el impacto de la guerra con resiliencia, sin siquiera ser conscientes de ello.

Aníbal fue el primero de su familia que salió de Ovejas, Sucre. Llegó a Barranquilla en 1995 y comenzó a estudiar Biología en la Universidad del Atlántico. El desplazamiento de su familia significó para él, dejar de estudiar y comprometerse con un proyecto social. Solía rondar por su cabeza una pregunta: ¿Qué hay que hacer ante la llegada de tantas personas que se quedaron sin estudiar? Se interesó más en los niños y las niñas. Con la ayuda de una ONG creó un colegio en Isla Salamanca (una isla continental del departamento colombiano del Magdalena, formada por el mar Caribe, el río Magdalena

y la Ciénaga Grande de Santa Marta), donde brindaron educación a campesinos que llegaban de Sucre, Córdoba y Chocó. El colegio era un bohío improvisado y los que educaban, docentes también desplazados. Enseñaron ocho meses bajo el liderazgo de Aníbal, en las condiciones más difíciles pero conscientes de que así se podía mitigar el impacto de la violencia. Al paso de ese tiempo, los niños y niñas fueron reubicados en colegios de Barranquilla. Por su estado de desarraigo, Aníbal y su familia seguían siendo vulnerables de múltiples maneras, debido a la pobreza y otros motivos, (Rettberg, 2008).

Tania, pese a la incertidumbre y a tener que encarar cada día la pérdida de su padre, no se resignó al fracaso que representaba carecer de recursos para financiar su carrera de Comunicación en la Universidad del Norte. La simple acción de coger un bus y llegar al departamento de comunicaciones de su alma máter, fue un nuevo comienzo. De la nada, aparecieron cuatro “ángeles” que le ayudaron a encontrar la manera de terminar sus estudios. Tuvo que trabajar y dejar de disfrutar de los espacios culturales que le brindaba la universidad para conseguir el sustento diario y culminar su carrera. Y sumado a ello, el miedo a sus días, tal como lo enfatiza GMH, frente a la incertidumbre o la posibilidad de que nuevas agresiones ocurrieran, también por la falta de información sobre el paradero o el destino de familiares y vecinos.

## **7.2 Cómo se reconocieron**

Asistir al V Festival Audiovisual de los Montes de María fue para Lina un viaje a la reflexión en torno a su reconocimiento como víctima indirecta del conflicto armado. Aunque había estado en espacios de violencia en su natal Medellín, nunca se vio como una víctima, al contrario, las miraba desde una barrera.

A medida que se adentraba en la experiencia cultural en la plaza, las calles y parques, que muchas veces fueron escenarios de masacres, combates y desplazamiento forzado,

las narrativas la llevaban a darse cuenta de que lo ocurrido a su padre en la Comuna 13 de Medellín sí había afectado la estabilidad económica y emocional de su familia.

Ver el dolor por medio de las narrativas audiovisuales puede curar o afianzar el resentimiento de las personas implicadas en el conflicto. Lina sentía rabia al ver varios documentales y cortometrajes que daban cuenta del dolor de las víctimas, pero seguía mirándolas desde la barrera. Hasta este punto había sentido solidaridad por las muertes en Colombia. Le dolían los hechos violentos de su ciudad, pero no se consideraba víctima.

Su manera de identificarse cambió cuando escuchó los relatos de la desaparición forzada del padre de Tania y el asesinato selectivo del abuelo de Melissa. Entonces reconoció que ella también vivió la guerra, aunque en la ciudad, y eso también la convertía en víctima.

“Nacimos en un país con diferentes tipos de conflicto, y se nota más en mi ciudad, donde confluyen casi todos los tipos de violencia: narcotráfico, delincuencia común, guerra de pandillas, carteles. Todo el mundo lo vive, es normal, por eso no me declaraba víctima”, precisó ella.

En medio de esta conversación en El Carmen de Bolívar, se dio cuenta de que cuatro personas de la maestría en Comunicación de la Universidad del Norte en 2015, entre esas ella, tuvieron experiencias como víctimas del conflicto armado, en ciudades o poblaciones donde el conflicto armado tuvo su mayor auge (San Jacinto y Ovejas, en los Montes de María, Barranquilla y Medellín), entre 1997 y 2004. Percibió que no es normal que maten a alguien porque sí. Que a su padre no lo hayan asesinado mientras trabajó en La Escombrera no quiere decir que no sea víctima de la violencia. Los constantes ataques a su oficina, insultos y visitas inesperadas para intimidarlo, sí lo

convirtieron en víctima, y dejaron en él traumas tan profundos, que han pasado quince años desde que se enfrentó a las hostigaciones y no ha querido retornar a la Comuna 13. Así lo indican Bayuelo y Vega en el capítulo 2 de *Lo que le vamos quitando a la guerra*, “la presencia de la muerte cambia de apariencia y de argumentos. De apariencia, porque la negación de la vida se da no sólo físicamente, sino también social, cultural y simbólica, al restringir los espacios que la gente usa para poder construir su cotidianeidad, su vida pública y su simbología -referentes de significación colectiva- así como la negación de las posibilidades comunicativas que permiten el diálogo público”.

Fue en la interacción con sus compañeros donde se identificó como víctima indirecta del conflicto armado, como víctima indirecta porque no se ha visto afectada cruelmente por la guerra, porque no ha perdido un ser querido y porque el curso de su vida no se afectó por el conflicto; sus padres, aunque vivieron en una ciudad violenta, nunca le mostraron a Lina esa violencia al interior del hogar. Se reconoció víctima pero no igual a Tania.

Tania se encontró de frente con relatos que luego le ayudarían a sanar las heridas generadas por la desaparición forzada de su papá, Jesús. Esos relatos la sacaron del plano de ver y oír a las víctimas, para considerarse una de ellas.

Soraya Bayuelo propició una ronda donde se reconstruía la memoria del conflicto a partir de relatos de jóvenes del colectivo de comunicación Línea 21 de los Montes de María, donde exteriorizaron su relación con el conflicto y sin escatimar detalles, relataron cómo perdieron a sus seres queridos, cómo vivieron la violencia pero también cómo el colectivo y comunicar les ayudaron a sanar las heridas que les había dejado la guerra.

Bien lo expresa Tamayo, C. cuando dice que vivimos momentos donde los procesos comunicativos deben volver a permitir el reconocimiento, la unión, la visibilidad, el encuentro y el diálogo de todos los habitantes del territorio colombiano, es volver a manifestar la necesidad que tenemos de recuperar esos “centros de sentido compartido” (Kellner, 2007).

Oír a las víctimas hablar de la guerra, los conflictos y el miedo le permitió a Tania replantearse como mujer, como madre, como hija, como profesional, y sentir el dolor como víctima, pero no el dolor que destruye, sino el que viene antes de ser sanado. Su estancia en ese espacio de diálogo significó reflexión y silencio para ella, un silencio que no era de miedo sino de asombro; al compararse con los jóvenes que contaron sus historias, pensaba que esos relatos eran más fuertes que su historia. Los relatos de la muerte de seres queridos y de cómo se repusieron a ella, le ayudaron a Tania, no solo a verse como víctima y dolerse por los ocho millones de víctimas que ha tenido Colombia, sino a perdonar a quienes desaparecieron a su padre. Pero ese perdón no se da repentinamente, es paulatino y ocurre al pasar el tiempo.

Tania y su familia accedieron en algún tiempo a los servicios que presta el Estado para reparar a las víctimas, pero aún así ella no se reconoció. Su encuentro con el escenario de conflicto convertido en espacio cultural, el festival en sí y sus compañeros de maestría que se identificaron como víctimas, fueron los elementos que finalmente sumaron para que se diera su reconocimiento. ¿Pero reconocerse para qué? Para sanar las heridas.

Tania y Melissa tuvieron en común el instante de su reconocimiento como víctimas. Uno de los acontecimientos recordados fue el 18 de agosto del 2000, cuando ocurrió el atentado del frente 37 de las Farc, que le quitó la vida a Angélica Robayo Bayuelo, de 13 años, sobrina de Soraya, cuando cruzaba por la plaza con dos amigas del colegio.

Ese relato de lucha contra la violencia a partir de la reconstrucción de la memoria, liderada por Soraya Bayuelo representó para Melissa su encuentro con el perdón a los victimarios de su abuelo y un nuevo comienzo de vida. Si bien ella era parte del sujeto de estudio, exploró sus momentos más simbólicos del pasado, presente y futuro, se encontró consigo misma y sanó el rencor que desde niña guardó.

Anibal perdonó sin cuestionar.

Tener que vivir el desplazamiento de sus familiares en la distancia, lo hizo tener siempre una perspectiva objetiva de los hechos, en cuanto a la búsqueda incesante de soluciones a las necesidades de su familia y comunidad.

Ha vivido su proceso de víctima de forma particular. No es de esas víctimas que reclaman derecho o de las que se quedan con el dolor y no perdonan.

Su gusto por la música, el cine y el arte lo hicieron encontrar el perdón fácilmente; no solo su cercanía con el Festival audiovisual en esta oportunidad sino su cercanía al folclor montemariano fueron herramientas que Anibal reconoció como sanadoras.

Contrario a Tania, nunca había accedido a la reparación de víctimas, pero participar de ese espacio cultural lo condujo al ejercicio de vivir la reparación como víctima junto a su familia.

Perdonó sin cuestionar, aunque el Grupo de Memoria Histórica fije como punto de inicio de la narrativa del conflicto armado el esclarecimiento de las dimensiones de lo que pasó, cuándo y dónde ocurrió, cómo sucedió, quiénes lo hicieron y quiénes lo padecieron. Reconocer que el pasado se caracteriza por dinámicas de violencia implica encarar y rechazar la naturalización de la guerra, recuperar la indignación frente a ella, romper el círculo perverso de la explicación que se convierte en justificación, y condenar sin atenuantes las atrocidades y sus responsables.



Tanto los vecinos como los espacios públicos que otrora fueron fortaleza y cohesión, se convierten en escenarios de desconfianza, de incertidumbre y de miedo.

### **7.3 Qué cambió en ellos**

En cada una de las cuatro historias aquí narradas, el proceso de reconocerse como víctimas implicó recordar los hechos victimizantes, reconstruir los momentos más difíciles de sus vidas y sacar el dolor de ese lugar recóndito donde había estado guardado. Y el proceso implica, además, cambios en las maneras de percibir la vida. Como ya hemos mencionado, las víctimas son heterogéneas, cada historia es particular y es narrada de forma subjetiva, así que el hecho de aceptarse como víctima cambió a Melissa, Tania, Aníbal y Lina de formas distintas.

A Tania, todo este proceso en El Carmen de Bolívar, a donde llegó pensando en encontrar buen cine y halló relatos de otras víctimas; transformó su manera de ver el dolor. De regreso a Barranquilla fue capaz de asumir que había intentado tapar a la fuerza una herida que todavía estaba viva a través del olvido. Tras el viaje, entendió que no puede olvidar que ni siquiera pudo despedirse de su papá y que aún se pregunta si está vivo o muerto, que necesita hablar de su experiencia con el conflicto armado para sanarse. Nunca había asumido que necesita sanar, solo guardaba silencio, pero ahora se siente con más libertad para hablar sobre su padre con otras personas.

Después de ver en El Carmen a personas que experimentaron los horrores de la violencia, masacres, torturas, desapariciones y más, Melissa se reconoció como víctima y pensó: “Si ellos pueden perdonar, ¿por qué no yo?”. Ha decidido dejar de pensar si Salvatore Mancuso (exjefe de las AUC) de verdad se arrepintió del crimen del abuelo Joaco y de preguntarse cómo sería la vida de los Mendoza si no hubieran matado. Comprendió que debe despojarse de todo resentimiento para soltar el lastre que la guerra le ha obligado a cargar.

Para Lina, reconocerse como víctima de la guerra fue como una clarividencia: solo después de asumirlo, entendió que en Colombia la violencia nos ha tocado a todos de alguna manera, aunque a unos con menor intensidad que a otros. Supo que nunca fue “normal” que ella hubiera aprendido desde niña a diferenciar entre el sonido de un balazo y la explosión de un volador, en otras palabras: que nunca fue “normal” que normalizara la violencia en su ciudad.

Aníbal también escogió sanar, pero, además, dedicar buena parte de su tiempo para ayudar a otras víctimas. Ahora asegura que quiere tramitar su reconocimiento como víctima ante el Estado para conocer el proceso legal, para mirar sus aciertos y desaciertos. Ha decidido asumir el papel de víctima como sujeto político, en el más pleno sentido de la palabra, porque siente que necesita convertirse en artífice de su nueva historia.

### **7.3 Conclusiones**

Esta investigación considera al entorno y la narración de las experiencias personales como los elementos clave para propiciar un autorreconocimiento como víctima del conflicto.

La experiencia de los sujetos estudiados aquí evidencia que el mecanismo sistemático del Estado para identificar a las víctimas es inoperante en tanto que no logra abarcar a esas personas que no son conscientes de haber sido violentadas y que necesitan un impulso especial para identificarse.

El CNMH reconoce que al hacer memoria, los individuos pueden precisar las consecuencias de la violencia y que con los relatos se identifica el daño, pero las narraciones de experiencias se usan en el proceso de reparación como forma de sanación en personas que por sus evidentes características son consideradas víctimas; no se ha visto que al hacer memoria colectiva también se logra que una persona identifique un daño que nunca había notado en su vida, ¿y cómo puede alguien sanar un daño del que no es consciente?

Los pasos mostrados en este trabajo puede ser una línea de base para lograr identificar a este tipo de víctimas; es decir, que una persona que aparentemente no ha sufrido el conflicto llegue a espacios que alguna vez fueron de guerra, y hoy son de paz, y escuchen narraciones de quienes sobrevivieron al conflicto, puede ser la clave para que ellos se sientan o identifiquen características comunes con esas personas. Esto los llevaría al punto inicial.

En pleno proceso de paz, el Estado debería salir de las oficinas y encontrar a las víctimas que se esconden en la ciudad y que por habitar entornos que aparentemente no se afectaron por el conflicto, lo consideraron como ajeno o exclusivo de las zonas rurales.

Es necesario que el estado empiece a mirar a estas víctimas, porque a las víctimas evidentes se les ha reparado integralmente, estas otras, a pesar de que ha transcurrido más de 10 años del hecho victimizante, no han recibido atención. Ello indica que el trabajo hacia quienes no se reconocen requiere más profundidad y frente a su complejidad, hay todo por hacer.

Es importante que estas personas pasen del estatus de no víctimas. Las historias de vida de ellos, no indica que no sean víctimas, sino que sus reacciones a los hechos victimizantes no son parecidas a las comunes, podrían considerarse atípicas, pues, en lugar de sentir que estaban siendo violentados, se aislaron del conflicto.

Se reconoce aquí las limitaciones del estudio en cuanto a los efectos psicológicos causados en este tipo de víctimas, por lo que la discusión sigue abierta para aportar a la comprensión de cómo el conflicto llega a cada uno de los colombianos.

El comentario final de este trabajo denota una inquietud que queda rondando: si es verdad que en Colombia todos somos víctimas y que la reparación integral debería darse conforme a las necesidades de cada individuo, por qué el registro de víctimas se limita a la cifra de 8'532.636 de los 41 millones 242 mil 948 habitantes que tiene el país, ¿dónde quedan los otros 33 millones?

## Lista de referencias

*Arnosó, M. y Pérez-Sales, P.* (2013) Representaciones sociales de la víctima: entre la inocencia y la militancia política/social.

*Aristizábal, E.* (2012) Síntomas y traumatismo psíquico en víctimas y victimarios del conflicto armado en el Caribe colombiano.

*Azam, J. y Hoeffler A.* (2002) Violence Against Civilians in Civil Wars: Looting or Terror?

*Bahamondes, C.* (2012) La exposición de la víctima al daño: Desde la culpabilidad a la causalidad.

*Brito, R.* (2004) La violencia de la sospecha. La construcción de la víctima en el planteamiento victimológico.

*Galindo, J.* (1998). Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación. México: Editorial Alhambra mexicana.

*Camacho, A. y Ucrós, M.* (2009) Huellas del silencio. Pontificia Universidad Javeriana. Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014) Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia.

*Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH).* (2014). Archivos de graves violaciones a los DD.HH., infracciones al DIH, memoria histórica y conflicto armado. Elementos para una política pública.

*Centro Internacional para la Justicia Transicional (2015)* Análisis sobre la implementación del Programa de Reparaciones Individuales establecido por la Ley 1448.

*Comesaña, P.* (2013) La condición de víctima en el marco del conflicto armado colombiano y el problema de la responsabilidad.

*Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Organización de los Estados Americanos).* (1999) Tercer Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Colombia.

*Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES),* (2017) Desplazamiento Masivo Y Múltiple Desde 2010.

*Cuicuilco*, vol. 18, núm. 52, (2011), pp. 39-49. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

*Díaz, F.* (2017) *La justicia desde las víctimas: perspectiva psicojurídica y victimológica*. Segunda edición. Pontificia Universidad Javeriana, Grupo Editorial Ibáñez.

*El Espectador* (2012) Los obstáculos de la Ley de Víctimas.

*Galdámez, L.* (2007) Protección de la víctima, cuatro criterios de la Corte Interamericana de Derechos Humanos: Interpretación evolutiva, ampliación del concepto de víctima, daño al proyecto de vida y reparaciones.

*Ghersí, C.* (2002) Daño moral y psicológico.

*Grupo de Memoria Histórica, GMH.* (2013) ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Imprenta Nacional.

*Ibáñez, A. y Vélez, C.* (2005) Civil Conflict And Forced Migration: The Micro Determinantes And The Welfare Losses Of Displacement In Colombia.

*La Silla Vacía* (2016) Las víctimas silenciosas de la ley de víctimas.

*Marín, A.* (2012) Teoría Crítica y Derechos Humanos: Hacia un concepto crítico de víctima.

*Ramírez, M.* (2001) Entre el Estado y la Guerrilla. Identidad y Ciudadanía en el Movimiento de los Campesinos Cocaleros del Putumayo.

*Rengifo, A.* (2006) El concepto de víctima en derecho internacional y su alcance en la Ley de Justicia y Paz". *Revista Pensamiento Jurídico*. Colombia.

*Rettberg, A.* (2008) Reparación en Colombia: ¿Qué quieren las víctimas?

*Revista Semana* (2014) Ley de Víctimas: lo bueno, lo malo y lo feo.

*Robles, B.* (2011) La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropofísico.

*Rodríguez, C.; Bayuelo S.; Cadavid, A.; Durán, O.; González, A.; Tamayo, C. y Vega J.* (2008) Lo que le vamos quitando a la guerra.

*Tabares, C.* (2011) "Reflexiones en torno al devenir sujeto político de las víctimas del conflicto armado".

*Tobón, M. (2010) Animalizar para distinguir. Narraciones y experiencias del conflicto político armado entre la Gente de centro.*

*Torrijos, V. (2015) Cartografía del conflicto: Pautas interpretativas sobre la evolución del conflicto irregular colombiano.*